LOS CUENTOS

FINALISTAS DEL CONCURSO VICTORIA OCAMPO 2014



Segundo Premio

Concurso de Cuentos Victoria Ocampo 2014
"Nelly Arrieta de Blaquier"

EDITORIAL
Victoria Ocampo

LOS CUENTOS

Finalistas del Décimo Concurso de Cuentos Victoria Ocampo

"Nelly Arrieta de Blaquier"

Fundación Victoria Ocampo 2014

Versión digital

Cuentos de:

Miguel Ángel Montezanti, Flavia Pantanell, Mario D. Foffano, Eugenio López, Arriazu, José María Guerrero, Beatriz Elena Puertas, María Martha Pichel, Oscar Daniel Salomón, Matilde Wentzel y Cristian Acevedo

EDITORIAL
Victoria Ocampo

Ilustración de tapa: **Iliá Yefímovich Repin**, ***Lev Nikoláyevich Tolstói descansando en el bosque***. 1893.

Primera edición 2015

© Fundación Victoria Ocampo
Sarmiento 1562, 2o "6"
Tel./Fax: 4382-6034
(1042) Buenos Aires, Argentina
fundacion@victoriaocampo.com

Queda hecho el depósito que prescribe la ley N° 11.723
Impreso en Argentina - Printed in Argentina

Los cuentos : finalistas de concurso Nelly Arrieta de Blaquier 2014 /
Miguel Angel Montezanti ... [et.al.]. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos
Aires : Victoria Ocampo, 2015.
128 p. ; 21x14 cm.

ISBN 978-987-1198-73-3

1. Narrativa Argentina. I. Miguel Angel Montezanti
CDD A863

ÍNDICE

PRÓLOGO 6

MIGUEL ÁNGEL MONTEZANTI

CARDOS RUSOS 10

BAIGORRITA 17

EL CÁLIZ 21

LOS TOROS 25

FLAVIA PANTANELLI

CARNE ROTA 36

MARIO D. FOFFANO

LETICIA Y GONZALO 40

LA TRAMA 76

JOSÉ MARÍA GUERRERO

PUMA DE CARTÓN 83

BEATRIZ ELENA PUERTAS

EL ALTILLO 90

MARÍA MARTHA PICHEL

BOFETADA EN NOCHEBUENA 102

OSCAR DANIEL SALOMÓN

LAS MÚLTIPLES MUERTES
DE CLAUDIO MAMERTO CUENCA 107

MATILDE WENTZEL

LA TANITA 126

CRISTIAN ACEVEDO

UN PARTIDO DECISIVO 131

LOS AUTORES 137

PRÓLOGO

No fue fácil elegir, entre los muchos originales que llegaron a la Fundación, aquellos que conformarían esta antología. No fue fácil por la excelencia de los cuentos recibidos en los cuales se destacan la calidad en el buen manejo de la prosa y los argumentos muy diversos, bien llevados y con un suspenso sostenido. Tal es el caso de los cuatro cuentos seleccionados de Miguel Angel Montezanti , "Cardos rusos", "Baigorrita", "El cáliz" y "Los toros". En el primero, el horror de la venganza cruel desemboca en una aceptación resignada de los hechos que nada podrá modificar. La violencia desatada en "Baigorrita" y en "El cáliz" insinúan un afán de justicia y en "Los toros" se impone una suerte de maliciosa travesura.

"Carne rota" de Flavia Pantanelli pone en relieve la sumisión, la rabia frente a un destino impuesto, el afán de venganza que el propio protagonista sabe que no es capaz de ejecutar y en especial la humillación sufrida a diario. Escrito en primera persona, Pantanelli nos entrega una pieza de gran eficacia narrativa.

Mario D. Toffano en "Letizia y Gonzalo" recrea una historia triste y frecuente pero la dramatización a que nos lleva el suspenso va más allá del propio argumento y logra así un clima estremecedor al mostrar hasta dónde pueden llegar el miedo y la pérdida de la propia conciencia.

Creo que a Borges le hubiera gustado la vuelta de tuerca que utliiza Eugenio López Arriazu en "La trama", donde el ingenioso artificio usado muestra la doble cara de una moneda en la cual el personaje principal se presenta como un pequeño dios liberador.

José María Guerrero, autor de "Puma de cartón" en un ir y venir del presente al pasado, nos muestra –con verdadera maestría– cómo se puede defender una pobre mujer de la crueldad de los hombres y de las bestias. Pero el valor con que enfrenta su destino se desvía hacia un final inolvidable y estremecedor.

"El altillo" de Beatriz Elena Puertas, en un lento racconto de continuas burlas, abusos, ofensas y desprecios a que es sometida la protagonista, va tejiendo una trama con un suspenso creciente que culmina en un inesperado final que sacudirá al lector más imaginativo.

María Marta Pichel nos regala "Cachetada en Nochebuena", cuento en el cual se pierde la inocente credibilidad de la infancia en unos mínimos reconocimientos de lo real. Con una excelente prosa y economía de recursos la autora logra una pieza encantadora.

El engaño es el tema central de "La tanita" de Matilde Wentzel. Esta lograda pieza desarrolla con talento un pequeño drama no exento de gracia por su desenlace inesperado y ridículo que lo marca inexorablemente.

"Las múltiples muertes de Claudio Mamerto Cuenca", de Oscar Daniel Salomón, es un admirable cuento histórico que nos remonta a los últimos momentos de la tiranía rosista, marcada a sangre, y a la suerte del doctor Cuenca, quien sueña y revive en los versos que lo acompañan un porvenir imposible.

La barbarie que cotidianamente se vive en las canchas de fútbol palpita en esta ejemplar pieza “Un partido decisivo” de Cristian Acevedo. Cuento intenso en su brevedad y en la crueldad inesperada de un patético desenlace.

María Esther Vázquez

MIGUEL ÁNGEL MONTEZANTI

CARDOS RUSOS

Mi devoción por los viajes en tren me ha deparado experiencias memorables. La incurable necesidad de lugares tranquilos o la falta de dinero me llevaron a viajar al sur en un vagón polvoriento. A doce o quince horas de la partida, cansado de leer, comencé a apreciar las planicies desnudas de vegetación. El cielo diluía en el azul la columna de humo negro que salía de la máquina. En una estación subió un suboficial del Ejército. Era un hombre de edad, con bigote entrecano y cabello muy corto. Su precario equipaje me hizo pensar que iba en comisión a alguna unidad no muy lejana.

Se sentó del otro lado del pasillo, luego de saludarme. Miró un poco por la ventanilla, bostezó, intentó dormir y finalmente me pidió un diario que yo había dejado de leer. La voz, la expresión o no sé qué me hicieron recordarlo. Lo traté de Ud.

–Perdone. ¿Su nombre no es Olarte?

–Sí, señor ¿Quién es Ud.?

–Me llamo Santiago Arrarás. Fuimos compañeros en el Regimiento de Infantería de Montaña, hace ya muchos años.

Olarte me penetró con la mirada: yo me había ido de baja luego de revistar juntos y nunca más nos habíamos visto.

El viaje ya podía hacerse menos tedioso. Restaban para mí más de doce horas, de las cuales deberíamos compartir cinco. Olarte iba a ver a su familia y estaba a punto de pedir el retiro.

Sin embargo no eran tantas las cosas en común como para que no naciera en nosotros, al cabo de un rato, el silencio. Por las ventanillas empezaba a advertirse el terrible viento patagónico que arrastraba los matorrales de cardos rusos a través de la meseta. Estos arbustos giran como erizos. Movidos en cantidad parecen ruedas solitarias de un carretón luchando por ganar la carrera. Si encuentran un alambrado se van acumulando contra él hasta llegar a formar una muralla. Los matorrales que siguen se encaraman sobre los prisioneros y saltan el séptimo hilo del alambre para continuar la disparada por el desierto.

Fue la contemplación de estos cardos rusos la que despertó en mí recuerdos inesperados. Se me representaron mis primeras guardias nocturnas. Cuando había claridad uno veía desde su puesto cómo se desprendían los cardos rusos que venían bajando por una lomada, se detenían de repente para cobrar aliento u olfatear una posta y seguir su carrera; cruzaban nuestras huellas, saltaban por sobre nuestros puestos y seguían en arremetida. En noche cerrada, cuando los relevos sucedían en los puestos lejanos, cuando un candil guiñaba en la noche y era la única señal que indicaba el rumbo, los cardos rusos podían salir de cualquier parte. Cruzaban por detrás o por delante del centinela con su siseo de espuma encrespada o del hierro al rojo que se sumerge en agua, o se adherían a las piernas trepándose por el blusón y el fusil, como un felino desesperado.

Todo se hizo uno con el recuerdo de Gastón Chapeau y de Esteban Di Santo, dos compañeros de esos tiempos. Le pregunté a Olarte:

–Decíme. ¿Qué pasó con aquellos dos, que llamábamos "Cucharón" y "Tallarín"?

Olarte me miró de un modo que revelaba que estaba acordándose de lo mismo. La mención de los apodos no pareció despertarle recuerdos simpáticos y al responderme empleó los apellidos de aquellos compañeros:

–¿Vos no supiste nada de ellos?

–No. Yo me fui de pase el día anterior a aquella noche. Los conocía muy poco. Sé que a "Cucharón" lo llamaban así por el casco descomunal que le había tocado en suerte. "Tallarín" era muy flaquito. Me parece que los dos veían de la capital y que eran amigos de antes. Por lo menos las bromas pesadas de "Cucharón" sobre el otro tenían una tradición independiente en el regimiento, como si los dos hubieran estado allí desde siempre.

–Lo principal lo sabés –me dijo Olarte–. Así es, Chapeau lo tenía de hijo al otro. Sus bromas no eran solamente las cuarteleras. Chapeau tenía el gusto casi morboso de burlarse de aquel infeliz. Una noche, al comienzo, cuando Di Santo hacía su primera imaginaria en un galpón vacío, le fue soltando desde el techo una enorme calabaza, ahuecada y perforada como una calavera. Le había puesto una vela encendida adentro y un cuerpo de trapo que manejaba desde las vigas como una marioneta. Di Santo pegó un alarido, soltó el fusil y huyó como un poseso. Cuando vino el cabo de cuarto encontró todo a oscuras, pero ni rastros de la tramoya. Es curioso que Chapeau no invitara testigos ni difundiera sus bromas. Se ensañaba con aquel enclenque y gozaba como un maníaco solitario. Cuando la compañía salió a hacer maniobras de campaña, Chapeau le gastó otra de las suyas. Dormían ambos en la misma carpa. Una noche, cuando a Chapeau le correspondía guardia, se oyó una detonación y simul-

táneamente la carpa cayó sobre Di Santo. Es claro que habían deshilachado los vientos y tal vez limado los barrales, pero no era fácil precisar cómo aquél bromista logró que cayera en ese momento. Al producirse la corrida, los demás se llevaban por delante el paño de carpa que envolvía a Di Santo, quien no podía salir, cada vez más enredado. Chapeau estaba apostado y atento a sus funciones de centinela. A Di Santo lo pasaron castigado, tumefacto por las patadas.

"En fin, la oscuridad era el principal aliado de Chapeau. Cuando Di Santo terminó su castigo salieron de franco al pueblo. Vos recordás, las mujeres eran escasas y muy fieras. En el baile Di Santo tuvo suerte: se hizo de una compañera de buenas formas y simpática. De golpe se cortó la luz. Volvió a los tres o cuatro minutos, pero la chica ya no estaba. Chapeau, tampoco. Dicen que Di Santo se la juró en aquella ocasión.

"Pero lentamente se fue olvidando el caso y resurgieron las bromas. Un día un milico me dijo: '¿Te fijaste lo que Tallarín lleva en el dedo? Es un anillo, una argolla que parece de fierro vulgar pero con una piedra muy rara. A algunos les ha dicho que se la mandó la madre, y a otros que se la entregó una mujer del pueblo. Con eso, según él, Cucharón ya no podrá tenderle nuevas trampas'.

"Algo hubo. Por eso creo que el más asustadizo y supersticioso era, al fin de cuentas, ese Chapeau. Cuando sospechó que no tendría más poder sobre el desgraciado, él mismo se volvió inquieto y distante. Vociferaba como de costumbre y hacía alarde de su poder sobre Di Santo, pero cualquiera veía que lo consumía un deseo de saber qué misterio guardaba aquel anillo. Como vos andabas de chofer no podías saber esas

minucias, pero así era. Las bromas no dieron nuevos resultados, o, lo más probable, Chapeau no volvió a intentarlas.

"Aquella noche Di Santo tenía guardia hasta la una de la mañana en la caballeriza, que estaba como a cuatro km. de la guardia, en pleno descampado. Había que cruzar un terreno barrido por el viento y pasar cerca de la cruz de hierro. ¿Te acordás?"

La recordé en ese momento: eran dos rieles cruzados unidos por un enorme bulón. Se decía que un obrero del ferrocarril había ido a hacer un arreglo con una pequeña zorra y ahí desapareció sin dejar rastros. Otros decían que ahí había muerto un arriero, un cura misionero y otras leyendas. La cruz se elevaría a unos tres metros y a pesar de las chanzas nadie pasaba de buen grado por el lugar.

–La mayoría estaba de licencia –siguió Olarte–. La guardia la formábamos unos pocos y yo estaba durmiendo. A las doce y media Chapeau debió de haber salido de la cuadra para relevar a Di Santo. Era exactamente la una y diez cuando un compañero me despertó:

"Me asomé por el traspatio. Lo que vi era hermoso y terrible a la vez. La cruz ardía completamente con un chisporroteo que en la noche le daba una apariencia escalofriante.

"La explicación no era difícil. El viento había soplado en una dirección tal que el poste de la cruz se fue revistiendo de cardos rusos apilados. Los brazos fueron deteniendo a los que volaban a más altura hasta formar una masa compacta. Cuando se nos pasó el primer hechizo de esa cruz ardiente, la mente más fría del cabo de cuarto nos ubicó en la realidad. A esa hora tenía que pasar Di Santo de vuelta al edificio de la guardia, una

vez relevado. A Chapeau le sobraba ingenio para hacer inflamar en ese instante la pira en forma de cruz. Era un chiste peligroso, pues estaba completamente prohibido encender fuego en el cuartel. Di Santo no aparecía y la cruz seguía ardiendo como si acabara de inflamarse.

"Por allí se oyó un trueno, que a algunos les pareció un tiro de máuser. De inmediato se precipitó una tormenta de nieve como pocas veces se ha visto en estos lugares. En minutos la nieve llegaba hasta los marcos de las ventanas. El viento la lanzaba como metralla contra los vidrios. La cruz debería haberse apagado, pero los cardos, o lo que fuera, seguían remolineando en el viento con una magia de chispas y de llamas que nos mantenía absortos. Di Santo no volvía, pero en ese momento era imposible mandar una patrulla a buscarlo. Pensábamos que se había quedado en el puesto con su indeseable amigo, o que se había vuelto a las caballerizas al desatarse la tormenta. No teníamos jeep: la nieve no hubiera dejado pasar ni un tractor.

"No sé hasta cuándo ardió el fuego. A la mañana, con las primeras luces, salieron los relevos, con borceguíes altos y forcejeando contra la nieve. Un soldado pasó junto a la cruz ennegrecida y siguió hasta la caballeriza. Se subió a un techo y ató un trapo a la bayoneta: había novedad en el puesto.

"Buscaron y buscaron por todas partes pero no había huellas, que bien podrían haber sido cubiertas por la nieve. Cuando el sol calentó un poco yo mismo tuve la idea de tomar la pala y remover la nieve junto a la cruz. Allí encontré un cuerpo, solo uno, carbonizado, en actitud de querer aferrarse al riel clavado en tierra. No tenía ni fusil, ni casco, ni bayoneta".

–¿Quién era? –pregunté.

–Era irreconocible. Dieron por muerto a "Tallarín", porque ahí mismo se encontró un tosco anillo de hierro con la piedra quebrada por el calor. Chapeau quedó como desertor. Nadie lo ha vuelto a ver.

–¿Por qué decís que lo dieron por muerto a... Di Santo? ¿Es que cabían dudas?

–Para mí, sí. Di Santo no tenía ningún diente postizo. Chapeau, en cambio, tenía un colmillo de oro. Yo lo vi en el cadáver, estoy seguro.

–¿Y no dijiste nada?

–¿Para qué?

BAIGORRITA

En la soledad de la montaña los ojos de uno se clavaron en los del otro. Los separaba una distancia de trescientos metros del aire más puro de la tierra. Un pozo de nieve, un abismo de azul celeste. Abajo el hombre, boca arriba, quieto. En lo alto, una mancha: el cóndor flotaba en el aire. Su estatismo obedecía más a la admiración que a la avidez.

El tiempo, una categoría creada por los hombres, se había detenido a media legua de allí, trabado por los peñascos, enredado en las patas de las mulas, burlándose de las glorias. El cóndor y el hombre gozaron de la intemporalidad. Se la prestaron los Andes y el cielo.

El hombre no necesitó cerrar los ojos para soñar: entre el cóndor y él desfilaban cabalgatas polvorientas, talones de fierro enclavados en los ijares, grupas despavoridas de hembras, lanzas musculosas, desiertos de aullidos, tormentas de sables, trueques corajudos, entreveros ladinos, perros, yeguas, sigilos, uniformes chúcaros, soldados mendaces, lenguaraces estoicos.

El cóndor seguía suspendido en el cielo. El sol se movió un poco para que la sombra de sus alas tapara la mancha en la nieve. No eran aliados, pero el cóndor reconocía al hombre su deuda de carroña y despojos.

En la cabeza del hombre los nombres estallaban como tiros de Remington: Quinchán, Epuhuaque, Carsipán, sus hermanos. La

tierra tiene una sonoridad que es suya. Los nombres conviven en guerra silenciosa, siempre. Desdeñan los pactos: Leubucó, Villa Mercedes, La Paz, Poitahué, Huinca Renavcum, el Cuero. Los diccionarios traducen la toponimia: es una ceremonia inútil. Las poblaciones fuertemente saqueadas tenían nombres cristianos. Él sólo entendía uno, Villa la Paz. Se hablaba mucho de paz: el hombre había firmado tres o cuatro tratados. Eran tratados mostrencos, nadie los pensaba en serio. Servían a cada cual para ganar tiempo.

Villa Mercedes había caído como un chulengo en las garras de un puma. El humo de las quinchas y de la comandancia alcanzó por un momento la nariz del hombre de la nieve, que inspiró profundo. En Villa La Paz la gloria se había alzado a la altura del cóndor que lo velaba. Reventaron los palos de los corrales, se desbandó la caballada, se incendió el mangrullo, los cadáveres cedieron uniformes más vistosos que los ponchos barcinos. Hubo chafalonería para los guerreros más valientes. La iglesia les ofrendó tapices y manteles. Algunos los pusieron como sudaderas de sus potros. Otros los llevaron a los toldos. Cuando la eligió un caciquejo una india de alcurnia vistió un alba recamada con signos extraños. El copón sirvió para el aguardiente; la campanilla, como cencerro de una yegua madrina. Un incensario quedó colgado de sus cadenas a la entrada de un toldo: era el de la machi, que en ocasiones de pestes y maleficios lo usaba para moler en él yuyos y potajes.

Un joven sacerdote de la tribu, elegido entre los afeminados, había sido incapaz de predecir a los cristianos. Entonces echó la culpa a Guayra Cunnee, el Señor de los Muertos, que lo había engañado. El mismo hombre que ahora estaba en la nieve había

acabado con el brujo inútil estrellándole el turíbulo en la cabeza. Y sucedió que los cristianos, que iban a atacar en masa, inexplicablemente se separaron en partidas. Al final todos fueron pasados por la lanza.

El sol se movió otro poco. En el cielo infinito destellaba como el vaso saqueado del altar. La sombra del cóndor cubrió al hombre otra vez. Recordó la gran traición, cuando las provisiones no llegaban y la chusma se moría de hambre. Una delegación de Namuncurá que iba a la Villa de Mercedes fue capturada sin resistencia. La delegación de Epumer, que también iba en son de paz, intentó resistir. Todos fueron fusilados.

La última trampa no fue de los cristianos sino del destino que los usó. El hombre de la nieve había maliciado el final negro. El antiguo camino de la Travesía sirvió otra vez para la fuga: eran él y unos cuantos desarrapados y su familia. Esperaba poder cruzar los Andes, pero los cristianos ya habían cerrado los pasos que exigían vadear el río Neuquén.

Acá se enancan dos historias. Una quiere que el cacique huyera solo, montado sobre un caballo blanco; que un sargento lo alcanzara al día siguiente, que lo lastimara de muerte. El cacique se había negado a su agónico transporte, se arrojó del caballo donde lo habían cargado, se arrancó las vendas y se abrió las heridas. No hubo más remedio que ultimarlo de un tiro. Es éste un testimonio oscuro de patetismo y truculencia.

La otra historia se disimula tras un ropaje menos legendario: quiere que una avanzada cristiana interceptara el paso de los fugitivos. El cacique huyó a pie: lo alcanzaron unos balazos. Un prisionero lo identificó. Esta versión ha sido construida para el

paladar de los huincas, necesitados de triunfos resonantes para justificarse.

La verdad es que el cacique, acosado, buscó las alturas del cóndor. La tristeza de su familia apresada, el irrefrenable pisoteo de los invasores, la caducidad de su raza, le hicieron comprender que huir era inútil.

Lanzó una mirada aquilina al ave centinela y se arrojó al abismo.

El cóndor apenas movió las alas cuando las montañas comenzaron a retumbar. Una grieta hirió la nieve con la rapidez del relámpago que hiende el cielo.

El cacique ranquelino Manuel Baigorria Gualá, llamado Baigorrita, nieto de Llanquetruz II, se hundió en la eternidad de los Andes. Sólo el cóndor lo vio.

Lo que dicen los cristianos son embelecos.

EL CÁLIZ

Si era inútil para todo, Capistrán Rojas era hombre de a caballo, y eso es mucho decir. También había que reconocerle habilidad con las manos, que la mayoría no tiene, porque lo único que sabe agarrar es el sable largo, las riendas de los caballos patrias o los magros aperos. Capistrán vive amancebado en la toldería de Calfiao; parece mentira pero le han entregado a una de las chinas desechadas por el caciquejo. Huele, como todas, a grasa de potro, pero ¿cuándo le preocuparon a él los hedores? Calcula que lo han premiado por sus informaciones: cuáles son los fortines más desguarnecidos, los caballos más reventados, los gauchos más descontentadizos, las estancias menos custodiadas, los jefes más flojos. Castigado, hay un rosario de fuertes que él ha podido conocer en su milicia ignominiosa.

Pero ahora vive bien. Como debería vivir toda la gente, como él mismo vivía antes de entrar de recluta, ese infierno de ratas y de hambre del que consiguió finalmente desertar aprovechando una partida de descubierta en noche neblinosa. Él era de los que jamás trabajaron en nada, pues siempre se puede cerdear unas yeguas, resbalarse un pedazo de charque o ganarle a un gaucho mejor puesto sus mejores prendas: a la taba, al monte, o en riña de gallos.

Fue él el que se metió en la capilla y manoteó el cáliz para no llegar con las manos vacías. Los indios amaban la chafalonería y hasta parece que supieron que el brillo de ese vaso tenía algo

especial. Calfiao se lo aceptó, pero al renegado Rojas lo destinó a un toldo bien vigilado por las chinas. Una vez lo vio al cacique bebiendo del vaso sagrado. Tiempo después el indio lo usaba como cencerro de su yegua madrina. Le puso una piedrita como badajo, le ciñó un tiento y lo ató al cogote de la yegua, una potranca rosilla codiciada por muchos.

Capistrán había ido a parar a la frontera cuando el reclamo de las poblaciones adentradas se hacía insostenible. ¿Cómo podía ser que dos mil indios de lanza mantuvieran a raya a una nación que superaba el millón de habitantes, que pensaba en el ferrocarril, que había encargado a Westminster los materiales del telégrafo Werden & Clark, que pretendía equipar una flota, liderar el continente, organizarse? El ministro respondió a los reclamos de la prensa. Se trajeron enormes caballadas desde el norte, se alistaron voluntarios y se reclutaron presos y vagos.

Ahí le tocó al Capistrán Rojas.

Pero no es fácil ganarle la partida a un hombre como él. En poco tiempo los mazos grasientos empezaron a circular por el fortín; se jugaba en el mangrullo, en la iglesia y hasta en las descubiertas. Con una taba cargada por él mismo le quitó el poncho a un paisano, los vicios a un inglés tan vago como él, la daga a un paisanito chambón y hasta el caballo a un sargento, que empezó a odiarlo. Capistrán le perdonó la deuda. Eso aumentó el odio. El sargento lo hizo castigar por quebrantar la disciplina. Lo mandaron a un fuerte de avanzada; de ahí a otro. Una vez lo condenaron a un novenario de azotes por "no poner suficiente coraje en el entrevero". Él se las ingenió para sobornar al guardia. Se decía que le llevaron al comandante la novedad de que un castigado había muerto al tercer día de la azotaina. El comandante

respondió: “Ud. cumpla con los nueve días”. Al tiempo, nomás, el comandante apareció degollado en un jagüel. Era el coronel Olivieri, odiado por la tropa.

Pero antes de eso Capistrán supo hacerse perdiz. A él no le podían faltar mañas para encontrar una huella, seguir un rastro u olfatear al indio. La noche anterior conoció en los pastos y en las bosteadas que andaban indios bomberos. Era la oportunidad si sabía mantenerse en silencio. Con el cáliz bajo el recado empezó a perderse tierra adentro. La ventaja de quince minutos sobre sus compañeros fue suficiente. La avanzada de los bárbaros, veinte indios de pelea, lo rodeó con chuzas que arañaron la bayeta gastada. Les entregó el vaso y les dio a entender que los cristianos, unos seis, lo venían persiguiendo. Los indios los pasaron a degüello, se alzaron con los caballos y los aperos y tuvieron tiempo de quitarles los quepís, las chaquetas deshilachadas, las botas ruinosas. La luz rojiza del amanecer disimuló la sangre que se coló por las vizcacheras.

Ahí viene Calfiao con trescientos guerreros y toda la chusma a retaguardia. Tragando el polvo de los caballos, entre chinas hediondas y viejos inútiles que montan los bichocos y los patria robados, también viene Capistrán: para guardar la tropilla del capitanejo, quien lo mira con recelo y no lo deja acercarse demasiado. Marchan horas y horas, comiendo algarrobas y bebiendo sangre de una yegua recién degollada. Las rastrilladas muestran osamentas de vacas, caballos, indios, cristianos, antiguos malones, cautivos fugitivos y enfermos de viruelas. Sólo el jefe conoce el rumbo. Rojas sabe que se acercan a la línea de fortines, pero los indios no le permiten desmontar para reconocer. Ya han amarrado los cencerros para evitar que el ruido los delate.

Al fin, una madrugada, el entrevero. Un tiro de cañón en medio de la formación india, cargas de caballería y un ataque desde los flancos revelan que los cristianos están prevenidos esta vez. La oscuridad se embebe de aullidos y relinchos, gritan las chinas, ruedan los caballos, chocan con ruido seco los sables y las tacuaras.

En un segundo se dispersan las tropillas. Los indios incendian los campos para dificultar la persecución. El humo y el polvo se hermanan. Capistrán monta de un salto la yegua madrina y escapa entre los pajonales, sin rienda y sin apero: tiene un sablazo en el hombro y un bolazo en la pierna, le chorrea sangre desde la frente y el mismo tumulto lo emborracha. A galope tendido cree que está pasando por el mismo lugar donde años antes entregó a sus compañeros.

Ahora parece disiparse el peligro. La partida de perseguidores corre por otro rumbo, él va solo derecho a la loma. Si consigue traspasarla está salvado. El humo lo protege.

Pero en ese momento se desata el badajo del cáliz que hace de cencerro. Un tintineo absurdo se encarama sobre el polvo y el humo. Ya hay una sombra a la izquierda, un jinete brutal, un caballo impetuoso.

La yegua madrina rueda en una vizcachera y en el sacudón se desprende el vaso sagrado. Aturdido, Capistrán Rojas, el renegado, va a ponerse de pie. Todavía está de rodillas cuando toda su vida taimada empieza a caérsele por la garganta abierta, que aun así se aprieta contra la hoja lustrosa.

Capistrán queda de rodillas cuando la cabeza se le cae sobre el pecho. Sus ojos se empeñan en mirar la sangre, que chorrea sobre el cencerro dorado.

LOS TOROS

Conocí a Julito Jauriguiberry hace más de veinticinco años: él era el tercer hijo de una familia de vascos venidos a más, en lo que pesó la buena estrella del padre, don Iñaqui; su visión para los negocios de hacienda y el trabajo que volcaba hacia sus arreos, a los que hacía emigrar en los tiempos de seca, o engordar en sus campos, cuando el pasto forrajero tapaba todo de verde o cuando el rastrojo de los trigales ondulaba amarillos como un cuadro de Van Gogh. Yo le llevaba tres años a Julito. Al hijo mayor se lo había hecho abjurar de sus estudios, lo que no pareció preocuparlo demasiado: tenía el tipo del *vasco bruto*, que así se conoce en el campo a algunos varones, sin necesidad de entrañar desprecios ni de callar el apelativo ante el interesado, quien lo acepta sin cuestionarlo, como el ritmo de las pariciones y el hacerse la noche.

Julito y otro hermano vinieron a la ciudad para hacer la escuela primaria. No avanzaron mucho más: el campo y el padre los atrapaban. Los muchachos, como el gigante Anteo, cobraban plena fuerza y sentido cuando aplastaban la tierra arada con sus alpargatas bigotudas o cuando cuereaban una vaca con tres o cuatro tajos certeros y llegadores.

Fueron los tiempos más felices de mi niñez. El viernes a la tarde, poco después del horario de la escuela, la familia se volvía al campo como magnetizada. Era necesario el sábado y domingo consumir faenas postergadas durante el resto de

una semana interminable, en una ciudad que no podía decirles nada, donde no se oían relinchos ni mugidos. Algunas veces me invitaban a mí. Pasar el fin de semana *en el campo* era para mí el disfrute de una gloria inmerecida: levantarse al amanecer, compartir las recorridas, andar a caballo, abrir tranqueras, ayudar en la yerra o en la señalada, encerrar las lecheras, engrasar los frenos.

Una tarde de domingo *los más grandes*, entre los que se contaba mi hermano, fueron al arroyo después de comer. El arroyo era un lugar misterioso al que no pude ir jamás, porque Julito y yo éramos *muy chicos*. Los grandes se llevaron los caballos. Julio y yo, de a pie, nos fuimos cortando campo rumbo al monte, un lugar de chañares espesos siempre sobrevolado por los chimangos, donde se refugiaban las vacas cuando había demasiado sol. Más allá del monte había una cañada: en cada ladera negreaban los animales gordos de don Iñaqui, rumiando y pastando interminablemente. En esa ocasión, un poco aburridos, un poco envidiosos de los grandullones, me dijo Julito:

–¿Querés que hagamos pelear los toros?

Yo era muy pajuerano: lo que conocía del campo era por relatos de mi padre y por lo que leía en libros que me gustaban. A cada instante caía en un error, sobre el que los campesinos zumbaban alguna sorna, apenas mitigada por la comprobación de mi corta edad. Incrédulo, respondí a Julito:

–Vamos, ¿qué vas a hacer pelear a los toros?

–¡Te juego que sí!

–¿A que no?

–¿Cuánto?

–Dos paquetes de figuritas.

Era una recompensa exigua para semejante proeza. Julito formó bocina con las manos y, sentados como estábamos al pie de un chañar, empezó a emitir unos sonidos guturales y arrastrados, con algo del barritar de los elefantes, el bramido de los toros, el quejido de las vaquillonas primerizas y el balido de las madres cuando las apartan de los terneros.

Mi vista y mi frágil experiencia, me impedían distinguir un toro de una vaca. Por un momento toda la tropa desperdigada siguió pastando tan tranquila, siempre ofreciendo el anca al incordioso viento noroeste.

Julito cesó y se quedó en silencio, como tomando aire y afinando. Yo ya ensayaba un éxito de mi apuesta, pero me hizo callar. Entonces reanudó su extraña música de trompetas ensordinadas y discordantes. Desde los puntos extremos de la cañada vi animales majestuosos que dejaban de pastar, alzaban la cabeza, venteaban el aire y curvaban una rodilla en torpe golpe de pezuña. Era una primera señal.

–No hay que engolosinarlos –me dijo Julito en voz muy baja. Ya vas a ver.

En efecto, los dos toros capitales parecieron apaciguarse después de aquella finta que posiblemente ningún contrincante percibiera. Entonces Julito volvió a la carga con su melopea, una mezcla de lamentación mítica y de estampida guerrera. Ahora era indudable. Como tirados por un ronzal invisible y larguísimo, comenzaron lentamente a desplazarse uno hacia el otro, olfateando el aire y agachando de vez en cuando la cabeza para dejar con pezuña encrespada la huella de su paso. El operativo se echaba a andar. Ahora, cuando Julio cesó, la

mezcla de bramidos y mugidos era ejecutada ya alternativa, ya simultáneamente, por los contendores. Julito parecía inspirado: emitió un alarido sincopado y lo interrumpió de golpe, lo emitió otra vez más fuerte o más apagado, lo prolongó en un *tempo* caprichoso, lanzó un mugido tormentoso en *bocca chiusa*. Las bestias no necesitaban más acicate: trotaban uno hacia el otro. Las vacas dejaron de pastar y también dirigieron las miradas hacia los machos, como resignadas al combate inevitable.

Los toros no necesitaron de otros reconocimientos. El ronzal que parecía atraerlos se convirtió en barra rígida que los frenó por un instante: habría unos cinco o seis metros entre uno y otro. Allí terminaron las maniobras de *approche*. Ambos hincaron las pezuñas en tierra con golpes insistentes y furiosos. Puesto que estaban más cerca de nosotros aprecié la dimensión de sus ollares afanosos, de sus ojos sanguinolentos, de sus bufidos impacientes. Como si a los dos les llegara el "vamos" convidador de una cuadrera, se lanzaron a la embestida: el primer choque de los testuces fue formidable. A mí me dio la impresión de que los cuernos saltarían por el aire y de que los sesos saldrían por las rajaduras de los cráneos como fardos de algodón mal liados. Acaso la cañada actuara como caja de resonancia; después de ese golpe de titanes y de un breve entrevero, los dos gladiadores volvieron a sus puestos para preparar un nuevo ataque. Un trompeteo anodino de Julito ofició de señal innecesaria. Otra vez los colosos bajaban sus testas para oponerlas al choque brutal. Muchos años después las pinturas de Altamira y de los toros cretenses me hicieron comprender por qué el artista estilizó la bravura y el poder. Vio en el toro una

energía arrolladora y desatada, vio la tormenta y la catástrofe, vio la vida y la muerte.

Julito se entusiasmaba: no era por la insignificancia de la apuesta sino por la revelación de sus artes malignas. No se contentaba, como yo, con la fascinación del espectáculo. Él era banderillero, azuzador, partisano. Lanzaba sus bramidos y ya, sin preocuparse de nada, alentaba a su favorito, que prefería alternativamente. Arrobado, me uní a sus exclamaciones con los nombres improvisados con que habíamos ungido a nuestros campeones, cuyas cabezas parecían a punto de estallar, ya con aureolas sanguinolentas entre los pelos emblanquecidos y viscosos por la baba.

Pero la lidia tocó a su fin inesperadamente

Por detrás de nosotros, desde el montecito de chañares, aparecieron galopando el llamado *vasco bruto*, y los demás. Los gritos de "¡toro, toro!" se entreveraban con maldiciones dirigidas a Julio, que también me salpicaron a mí. Mi hermano, casi tan pajuerano como yo, no ayudaba mucho, pero los caballos estaban fogueados en eso de los pechazos y entre todos y los perros y el revolear de los rebenques, los toros empezaron a retroceder y a volverse por donde habían venido, entre bramidos de fiereza apagada, resabios de represalia y celo orgulloso enseñoreado en las hembras.

–¡Ya vas a ver con el viejo! –dijo el vasco a Julito. Pero todo terminó en un guascazo dado con la lonja del rebenque.

Con los años la vida me fue afilando las púas. Gané y gasté mucho dinero. Hice negocios, viví en la opulencia. Cuando na-

daba en la riqueza compré la cabaña "Los ariscos". No sabía mucho de animales. Las deudas comenzaron a devorarme. Mi gente me traicionó. Mis acreedores me seguían a todas partes y me la juraron. Me quedó un solo cuidador fiel, don Zenón. La cabaña tenía prestigio centenario, pero eso no alcanza para preparar buenos sementales. Don Zenón comprendió todo. Un día me dijo:

–Patrón, lo veo mal. Déjeme componerle dos toritos.

–¿Le parece, don Zenón?

–Son buenazos, patrón. Vamos a presentarlos en la feria de noviembre. Tengo seis meses por delante.

–Métale, don Zenón.

Fueron tan mal mis cosas en esos seis meses que sólo me quedaron los dos toros y don Zenón. El viejo no necesitaba veterinario ni análisis: los animales, que eran de un *pedigree* inobjetable, fueron perfeccionando sus formas. El balance exacto de la comida, el necesario paseo, el peinado y cepillado habituales los hicieron hermosos. Puse en ellos cuanto tenía. Si uno obtenía el premio de gran campeón yo podría serenar a mis acreedores más enfurecidos. Creo que ellos habrían colaborado con don Zenón para asegurar el premio, por codicia. Yo consultaba a otros criadores y devoraba publicaciones, pero principalmente me valía de espías. Quise sabotear a los posibles competidores. En algún caso lo logré. Me aterrorizaban los ejemplares de la cabaña "Los juncos". Sus toros estaban mejor custodiados que el presidente.

Al fin, el día de los premios. Mi llegada con don Zenón a los corrales me hundió en el desaliento. Pude ver el candidato de "Los juncos": era un torito más apropiado para la tela del pintor

que para el ruedo. Tenía una cabeza proporcionada y perfecta, una caja ancha y promisoria, ijares flexibles y unas patas con la robustez del acero. El peón que lo cuidaba lo preparaba para las cucardas. El animal lucía una mansedumbre casi ovejuna. El otro toro que presentaba "Los juncos" no era inferior, pero no fue necesario que don Zenón me dijera "Ese nos gana, patrón", para que yo comprendiera mi inminente tragedia. Algunos de mis acreedores merodeaban discretamente. Me alcanzaron miradas de desprecio, de odio y de sorna. También ellos sabían que mis toritos, casi perfectos, distaban de los de "Los juncos" como la belleza de una mujer en relación con la de una diosa. No podía escapar. Vigilaban mi auto, vigilaban mis toros y a don Zenón. Me seguían como mastines cebados. Los adiviné en los baños y en el *buffet*.

Justo en ese momento, en una oficina despreciable, descubrí a Julito: tenía un puesto lastimero como pinche en la Sociedad Rural. Me abrió la puerta y me abrazó como en los viejos tiempos. La mediocridad de su cargo se advertía en sus puños un poquito gastados, en su pantalón algo brilloso.

–Julito, tenés que salvarme –le dije.

Le expliqué mi idea.

–Vos estás loco y me querés enloquecer a mí –fue su respuesta. ¿Te das cuenta de lo que me pedís? ¿Y si se avivan?

Soy demasiado hombre para ofrecerle algo a cambio. Me quedé callado y cabizbajo. Pasaron unos instantes. Sentí que Julito me miraba. Al fin dijo:

–Está bien. Cuándo y dónde.

Eran las dos y media. A las tres debían desfilar los toros por el anfiteatro, donde estaban la oligarquía, los compradores extranjeros, el jurado que elegiría al gran campeón de ese año.

Salí de la oficina en perfecta calma. Devolví la mirada de odio a un par de acreedores; a otros los llevé por delante y no me excusé. Mis nervios tiraban del estómago como para desgajarme el hipogastrio. Volví con don Zenón y me quedé silencioso. El peón de "Los juncos", vestido con más platería que un Potosí, ya se acercaba al brete con su favorito. El otro lo seguía como amarrado a la cola del primero. El extremo del edificio donde trabajaba Julio se extendía casi hasta ahí. Un ventiluz pequeño delataba un baño. Todo el mundo ocupaba sus butacas en el anfiteatro. La melopea de Julito, pegado al ventiluz del baño, era apenas audible.

Pero se trató de un portento: lo que veinticinco años atrás había sido una sinfonía era ahora un solo movimiento, un par de frases. La premura tenía doble justificación: era perentorio desbaratar a los ejemplares de "Los juncos" y necesario impedir que se advirtiera el origen de la maniobra. El peón que cuidaba el segundo toro de "Los juncos" sintió el brusco tirón del ronzal: cuando se dio vuelta vio que el animal reculaba con la cabeza gacha para preparar la embestida. El terror le hizo comprender lo que ya no podía resolverse de otro modo: soltó el ronzal, se encaramó como pudo a los postes del brete, boleó la pierna del otro lado y salió huyendo como si lo siguiera el mismo Mandinga.

El primer toro se enloquecía buscando a su rival, pero el brete le impedía darse vuelta. El primer topetazo del segundo en las ancas del primero lo lanzó hacia delante. El peón del primer toro cayó de bruces y las dos bestias pasaron sobre él: la puerta

del brete saltó hecha astillas. El anfiteatro, donde la *crème* criolla esperaba ver el desfile parsimonioso de los animales, exhibidos mansamente por los cuidadores, se volvió arena de una lidia sangrienta. Herido en el anca el primer toro ganó el espacio para girar y embistió al segundo cuando éste trasponía el brete. Lo que dos décadas antes había sido un preludio de fintas y desafíos se abrevió ahora en un fulgurante *crescendo* hasta reventar en un fortísimo. Las mujeres chillaban despavoridas, los hombres se alzaban de sus butacas, el dueño de "Los juncos" palideció como a punto de morir, los fotógrafos invitados a la muestra ganadera se convirtieron de repente en reporteros de guerra.

–¡Que vengan los apartadores! –gritaban algunos.

La gente de a caballo estaba lejos del lugar: no era día de piales ni de faenas. Inclinados sobre los postes de los corrales, charlaban y fumaban tranquilamente. El tumulto los hizo saltar sobre los caballos, pero la gente curiosa rodeaba el anfiteatro e impedía el paso de los pechadores. Cuando finalmente llegaron, los toros de "Los juncos" apenas resistían. Los testuces exhibían cuajarones de sangre, los cuerpos estaban embarrados y afanosos, una corneada de mala entraña había vaciado el ojo de uno de ellos, que bramaba de furor y arqueaba el cogote para recobrar aire y embestir otra vez. El ruedo estaba salpicado de trozos de maderas de los corrales, paja desordenada, algún chicote de un lazo roto y filamentos de sangre y baba espumosa. La sirena de una ambulancia compitió con la trompetería de los demás vacunos excitados. Acudieron al peón, que intentaba incorporarse, maltrecho. Unas señoras se habían desmayado y la confusión era infernal. Al fin los pialadores consiguieron apartar a los bravos. Los jinetes más hábiles, ayudados por los peones de a pie, los fue-

ron conduciendo por mangas separadas. Como en un fulminante ataque aéreo, todo había durado unos minutos.

Venía la parte siguiente: ¿se interrumpiría la fiesta? Todo daba a pensar que sí. El dueño de "Los juncos" era un hacendado poderoso, y aunque la perplejidad lo había demudado, algo malició. Rápidamente pidió a su gente que se extrajera sangre a sus toros porque sospechaba de alguna droga inoculada clandestinamente. Los que lo apoyaron (unos genuflexos) eran bastantes, motivados más por el espanto del espectáculo que acababa de finalizar que por el perjuicio que visiblemente arruinaba a "Los juncos". Pero otras personas, entre ellas mis acreedores, empezaron a pujar para que la exposición continuara: el enfrentamiento de los toros era un episodio lamentable, pero no imposible, los animales están nerviosos entre tanta gente y extrañan sus pesebres, una muestra así no se puede cancelar porque dos animales se peleen, mejor que el de "Los juncos" haga revisar los animales y que se investigue a sus cuidadores. Al fin se decidió continuar con la muestra. Volví discretamente a la oficina. Julito trabajaba impertérrito frente a su pantalla.

El prodigio de don Zenón fue mantener en calma a mis toros, que estaban en un corral más lejano. Unos paisanos habían acondicionado expeditivamente el ruedo. Allí entraron mis toritos. Don Zenón se había puesto las mejores pilchas. Con todos los afeites mis animales eran inferiores a los de "Los juncos" pero mejores que los demás.

La feria sangrienta fue motivo de grandes titulares. Los análisis hechos a los toros de "Los juncos" no dieron resultados anómalos; el dueño de la cabaña repitió y repartió condenas y acusaciones. La gente estaba más atraída por las truculencias de la

refriega que por otra cosa. En un instante comprendí la psique del ciudadano romano que iba al Coliseo.

Pagué mis deudas. Trabajo en la misma oficina que Julito, frente a una PC.

FLAVIA PANTANELLI

CARNE ROTA

Servime otra caña, Turco.

Y cómo querés que ande, Turquito. No puedo pisar bien del todo, me tira la pierna, a más, de noche no sabés lo que me quema. Mañana tengo que volver al puesto, todavía con la pierna inútil. Y ahí va a estar el patrón. El patrón de mierda y su perro también de mierda.

Lo calé enseguida, apenas lo vi, que ese perro era jodido. Fue al pedo decírselo a Don Julio, qué me iba a dar bola, creído, como todos los de la ciudad. No, si el patrón es mas gil con los perros que con las minas. Al menos éste no lo cornea, pero ya le bajó como tres terneros. Pedazo de perro es, para qué te voy a mentir. Un ovejero como hace mucho que no se ve.

Dame otra, Turco. Sí, ya sé. La última. A ver si se me apaga un poco algo, acá.

Salud, hermano.

Mirá que le dije, al viejo podrido, que el Rob se le estaba cebando. Volvía de la ronda, y lo vi corriendo a los cebuces, entreverado con otros perros, de esos que cruzan el alambre caído por el lado de la zanja. Y yo de perros sé largo rato. Para qué te voy a mentir. Se lo vi en la mirada. La mirada roja del perro cebado de sangre. Se debe haber cebado primero de hembra, un suponer, después se debe haber cebado de sangre.

Qué carajo importa si un perro es de raza, o de monte, un perro es un perro y, o tiene huevos, o no tiene. Y éste tiene, este tiene. Creéme, Turco.

Por ésta.

Yo venía al tranco, medio abriendo la boca, visteando el maíz quemado de la seca, y el rob y los otros meta torear y tirarle al garrón al tobiano y yo, quietos, mierda, le quise tirar un lonjazo que justo que se me soliviantó el animal y me vine al suelo y ahí nomás me lo vi encima, pura espuma el hocico, las orejas alzadas. Lo paré como pude. Le tiré una patada y ahí nomas me agarró la pierna, por acá, todo por este lado.

No.

Al principio no se siente. El bicho traba y ahí se queda, esperando. Babea. Gruñe. Te mira quieto y uno capaz hasta se lo toma a joda. Después, cuando ves que no larga, cuando sigue, y empieza despacito a doblar la cabeza para la derecha sin dejar de mirarte con esos ojos de diablo, y la baba, y tira para la izquierda, y dele gruñir, siempre con ese relumbrón en los ojos, tira de la pierna y sentís como un trac y después otro trac de la carne, los tendones cortándose, reventándose, ahí tampoco sentís dolor. No es dolor lo que sentís, es otra cosa. Y cuando empieza a saltar la sangre, te quedas mirando porque no entendés qué es eso que te estás mirando. Ahí tampoco.

Ah, me das la yapa. Está bien, Turquito. Está bien. Pero a ver si me agarro una curda y después le van con el cuento al patrón, que lo vieron a Caballero salir borracho del boliche del Turco.

El dolor viene después, cuando la cosa empieza a enfriarse, y te ves la carne colgando del costado, y sentís algo ahí que te late, y

no es el corazón porque está en la pierna, más abajo de la rodilla, y la sangre que antes era roja, se te empasta, se te empieza a poner negra. Ahí sí duele, pero eso no es nada, lo jodido es que sabés que estás todavía como a dos potreros del puesto, y montás pura fuerza del brazo, porque la pierna la tenés jodida y la otra que te tiembla, y gracias a dios que el tobiano será mañoso y duro de boca, pero sabe el camino, porque quedás boleado, cruzado en el apero y sentís que te lleva al paso, y el campo se empieza a poner amarillo. Amarillo como el cielo, y de pronto ves todo negro y lo único que te brilla en la negrura son los ojos del bicho, esos ojos de demonio, y seguís escuchando por días y días ese ruido que es solo, que no se parece a nada, el trac, trac de tu carne rompiéndose.

Y mañana el ladino va a estar ahí, tirado a los pies del patrón. Los dos tomando el fresco en la galería, y mientras Don Julio da las órdenes del día, cogotudo como siempre, el Rob se va a estar lamiendo las patas o descarnando algún hueso, igual que descarnaba mi pierna, el viejo le pasa la mano por el lomo, le acaricia las orejas. Y yo: Sí, Don Julio; No, Don Julio, que no me vuelvo a meter con su perro; Sí, Don Julio, es así como usted dice; Sí, Don Julio, hay dos novillos muertos en la zanja; No, Patrón, cazadores no son, son los perros cimarrones. Si, Patrón, que hoy mismo le arreglo el alambre.

Pero mirá, Turco: cualquier día de éstos, apenas el viejo salga para la Capital me lo cargo al perro podrido en la chata, lo llevo derecho al bañado, y como que me llamo Carlos José Caballero, ahí nomás, le meto un chumbazo en la boca.

MARIO D. FOFFANO

LETICIA Y GONZALO

PRIMER DIA

–Es acá –dijo Gonzalo deteniéndose frente a una construcción abandonada.

Leticia estaba exhausta. Habían caminado unas veinte cuadras, quizás más. Se sentó en uno de los escalones de entrada de aquella obra, se frotó la cintura y arqueó la espalda. Estaba embarazada de siete meses.

–¿Qué te pasa? –preguntó Gonzalo.

–Estoy cansada.

Él echó un vistazo al negocio de la vereda de enfrente. Leyó el cartel que estaba sobre la puerta de entrada: Supermercado Jiang-li.

–Mirá –dijo Gonzalo–, hay un chino cerca.

Ella rió con sarcasmo.

–¿Con qué vamos a comprar si no tenemos un mango?

–Algo nos queda todavía.

–¿Y después qué?

Pasó una ambulancia con la sirena a pleno y dobló al llegar a la calle Pringles. Leticia apoyó la espalda contra la pared. Sintió una puntada en el vientre. Cerró los ojos y respiró hondo. Luego de unos segundos, el dolor comenzó a ceder.

–Mierda… - dijo ella.

–¿Qué? – preguntó él.

–De nuevo este puto dolor…

Leticia volvió a respirar profundo.

–¿Pasó?

–Casi…

Un hombre se acercaba caminando con un perro. Gonzalo sintió su mirada despectiva. Tuvo ganas de insultarlo, de decirle "qué mirás", pero se contuvo. Sabía que Leticia se iba a molestar si lo hacía, así que se aguantó la bronca. El hombre con el perro siguió de largo como si ninguno de los dos estuvieran allí. Gonzalo lo miraba alejarse mientras prendía un cigarrillo.

–Dame uno –dijo Leticia.

–No podés.

–¿Vos quién sos para decirme qué puedo y qué no?

–Te lo dijo el médico. ¿O te olvidaste?

–Que se vaya a la mierda el médico. ¿Qué me puede pasar si fumo uno de vez en cuando?

–No podés; por algo te lo dijo…

–¡Andá a la mierda, forro!

Gonzalo le clavó la mirada. Tuvo ganas de golpearla.

–¡Forra sos vos que ni siquiera sabés cuidarte! –dijo– Y encima te tuviste que rajar de tu casa para que tu viejo no te cagara a trompadas por haberte quedado con el bombo.

–¡Este bombo también es tuyo! –gritó ella, furiosa– ¿O te olvidaste?

–Vos dijiste que podíamos –dijo él–, que no iba a pasar nada.

–¡Sí, pero equivoqué! ¿O no puedo equivocarme?

Ella se largó a llorar. Quiso responderle, pero apenas logró emitir un sonido inentendible. Al final, Gonzalo le ofreció el cigarrillo que estaba fumando.

–Tomá –dijo–, pero sólo una pitada.

Leticia aspiró una bocanada profunda y contuvo el humo unos instantes antes de largarlo.

–Si al menos… –dijo ella con voz entrecortada–, hubiésemos ido a la casa de tu vieja en vez de venir acá… a este lugar de mierda...

–¡Mi vieja nos hubiese sacado a patadas! –gritó Gonzalo– Ya te lo expliqué.

–¡No si hubieses tenido un trabajo!

–Dale nomás… seguí vos también con éso… ¿Cómo te lo tengo que decir para que lo entiendas?

En el balcón de un edificio de la vereda de enfrente, una mujer se había asomado y los miraba. Gonzalo también la miró.

–Vamos, entremos – dijo.

–No quiero.

–Leticia, no jodas… ¿Querés dormir en la calle?

–Quiero dormir en un lugar decente, no en uno abandonado y lleno de mugre como este.

–Es sólo por unos días, te lo prometo.

–No prometas lo que no vas a cumplir.

Gonzalo trató de controlar la bronca. Le pegó una piña al cartel de venta que estaba colgado en el frente de la construcción: "Magnífica propiedad a terminar. Trescientos metros cuadrados en dos plantas más cochera. Oportunidad". Un chino del supermercado salió a la vereda y los miró.

–Vení –dijo Gonzalo mirando con desconfianza a ese hombre–. Entremos.

Se metieron en la casa y él trabó la puerta con una tabla. Habían entrado a una sala enorme que ocupaba casi todo el frente. Las ventanas estaban tapiadas con chapas. Gonzalo sacó su encendedor de un bolsillo para iluminar el lugar. En un rincón tenía preparado un bolso y un paquete de velas que había dejado allí la noche anterior.

–Tengo todo preparado –dijo él.

Prendió una vela y la calzó en el pico de una botella vacía de cerveza.

–Colchón, frazadas, un calentador y algunas cosas para poder cocinar algo.

Gonzalo esperó una frase o un gesto de aprobación, pero Leticia se quedó callada mirándolo con fastidio. Después, él señaló uno de los rincones en donde había una radio apoyada sobre una pila de ladrillos.

–Mirá –dijo–, hasta tenemos para escuchar música.

–¡Genial! –exclamó ella– ¡Me querés decir cómo vamos a hacer para escuchar esa radio si no tenemos electricidad!

–También pensé en eso –dijo él–. Mañana el Polaco me prometió que iba a venir. Él sabe cómo hacer para enganchar-

nos a la línea. Y el agua está conectada a la red. Hay una canilla en el patio trasero.

Leticia se sintió como si un enorme peso estuviera a punto de quebrarle la espalda. Tenía ganas de llorar y de maldecir su vida entera, pero lo único que atinó a hacer fue inclinar la cabeza y mirar su enorme panza. Gonzalo vaciló unos instantes. No sabía qué hacer ni qué decir para lograr que ella saliera de ese estado. Finalmente dijo:

–Te prometo que apenas consiga un laburo no vamos de acá.

Después de esa frase hubo un largo silencio. A Leticia le costaba creer en esa promesa.

AL DÍA SIGUIENTE, POR LA MAÑANA

Leticia regresó al estante de donde había sacado la mermelada y volvió a poner el frasco en el mismo lugar. Ése era un lujo que no podían permitirse. Hacía un montón de tiempo que no comía algo dulce y se moría de ganas por hacerlo, pero tuvo que resignarse. Costaba demasiado y con ese dinero podría comprar otras cosas más prioritarias.

Miró hacia el otro lado de la góndola y vio a Gonzalo parado frente a los estantes de las bebidas. Leticia se apuró en elegir las cosas que le faltaban: un paquete de azúcar, otro de fideos y una lata de tomates. Luego, volvió a levantar la vista. Gonzalo seguía parado en el mismo lugar, pero ahora tenía en las manos un par de latas de cerveza. La china que estaba en la caja

lo miraba a través de una pantalla que tenía adelante. El chino que estaba parado en la puerta de entrada del negocio también lo miraba mientras fumaba un cigarrillo. Leticia intuyó que si no salían de allí de inmediato, habría problemas.

Puso sobre la caja toda la mercadería que había elegido. La china la iba pasando por el lector de códigos de barras sin quitar la mirada de la pantalla en donde aún se lo veía a Gonzalo frente a las bebidas. Leticia intentó distraerla diciéndole algo referente al tiempo. La mujer la miró unos segundos y le contestó con una mirada seca y silenciosa.

–¡Gonzalo, ayudame! –dijo Leticia.

Miró hacia los estantes de las bebidas mientras intentaba separar unas bolsas de plástico. Cuando vio que Gonzalo se dirigía hacia ella, respiró aliviada.

–Ayudame a meter todo en las bolsas –dijo.

–Demasiado caro –protestó él–. Acá no vamos a venir más.

La mujer de la caja lo miró.

–Muy caro –repitió Gonzalo dándole a cada palabra un énfasis desafiante–. ¿Entiende?

–Gonzalo, por favor, no hagas quilombo… –suplicó Leticia.

–¿Qué pasa? ¿Qué estoy diciendo de malo? ¿O no se puede opinar, acaso?

La cajera dijo algo inentendible.

–Encima hablan en la jerigonza esa para que no los entendamos. Seguro que nos está puteando.

La mujer volvió a decir algo, esta vez a los gritos. El chino que estaba en la puerta de entrada se acercó e intercambió unas palabras con ella.

–¿Qué carajo estarán diciendo? –preguntó Gonzalo.

El chino lo miró silencioso. Le dio una última pitada al cigarrillo, lo arrojó al suelo e intentó abrirle la campera. Gonzalo se apartó con violencia.

–¡Pará loco! ¡Qué hacés!

El hombre le dijo algo mientras hacía gestos para que se bajara el cierre de la campera.

–¡Este tipo está en pedo!

Otro chino apareció por detrás de Gonzalo y lo sujetó con firmeza.

–¡Qué mierda hacen!

Leticia miraba la escena horrorizada. Entre los dos chinos lograron que Gonzalo abriera su campera. Dos latas de cerveza cayeron al suelo. Una de ellas estalló y el líquido salió despedido con fuerzas. Los dos hombres lo fueron empujando hacia la puerta de salida. La cajera comenzó a gritarle a Leticia mientras le hacía gestos para que también ella se fuera. Gonzalo forcejeó con los chinos, pero no pudo evitar que lo empujaran hacia la vereda.

–¡La concha de tu madre! – gritó Gonzalo.

Leticia intentó calmar los ánimos. Quiso explicarle a la mujer que le pagaría todo, incluso la lata de cerveza que había explotado. Pero la china no quiso saber nada. Siguió con sus gritos desaforados mientras Leticia retrocedía. Cuando casi

estaba afuera del negocio, le dio un leve empujón que la hizo trastabillar. Gonzalo pareció enloquecer.

–¡Hija de mil putas! –gritó fuera de sí– ¡No te das cuenta de que está embarazada?

El escándalo concitó la atención de todos los que pasaban por el lugar. Leticia agarró de un brazo a Gonzalo e intentó arrastrarlo.

–¡Te voy a matar, yegua mal parida!

Los dos chinos lo miraron desafiantes. Uno de ellos caminaba lentamente hacia él tratando de amedrentarlo con la mirada.

–¡Vamos! –suplicó Leticia agarrándolo de la ropa– ¡Vamos, por favor!

Gonzalo lo miró unos instantes. Luego, se pasó un dedo índice por la garganta y dijo:

–Sos boleta, chino.

Fue retrocediendo sin quitarle la mirada. Cruzaron la calle y se metieron en la casa.

TRES DÍAS DESPUÉS

Leticia puso la pava sobre las llamas del calentador y pensó que lo mejor que podía hacer era volver con su familia. Tendría que aguantarse la bronca de sus padres, el reproche por haberse ido de esa manera, por haberlos tenido durante tanto tiempo sin saber nada de ella, pero a la larga terminarían aceptando la situación. Sus padres eran así, duros al principio

cuando las cosas estaban en caliente. Pero a la larga terminaban comprendiendo. Por eso Leticia suponía que podía volver a su casa, porque pasada la primera etapa de reproches, venía una segunda de aceptación.

Cuando el embarazo empezó a notársele se fue a lo de Romina, una amiga que hacía unos cuantos meses que vivía sola en un departamento que sus padres le habían cedido. Después, Gonzalo le propuso vivir en una pensión hasta que él pudiera conseguir un trabajo y alquilar algo mejor. Leticia aceptó ese plan con la esperanza de que una vez que Gonzalo comenzara a trabajar, las cosas se encarrilarían. Pero lo de la pensión duró apenas un par de meses, hasta que la reserva de dinero que tenían se acabó; y como Gonzalo no conseguía ningún trabajo estable, el proyecto de alquilar un departamento se fue postergando. Entonces Leticia le propuso ir a vivir a la casa de su madre. Él le respondió que ni loco. Se llevaban mal. Cuando se enteró de que ella estaba embarazada, le dijo que se arreglaran como pudieran, que ella no tenía porque hacerse cargo de sus problemas.

Había conocido a Gonzalo en el colegio secundario. Fue su primer novio. Empezaron a salir luego de que él le diera una paliza a un chico del mismo curso que también la pretendía. Gonzalo lo encaró en el vestuario del gimnasio, después de una clase de educación física. Le dijo que ni se atreviera a acercarse a Leticia. El otro le respondió que quién se creía que era para ordenarle eso y Gonzalo le pegó una trompada que lo tumbó de espaldas.

Estuvo suspendido dos días. Cuando regresó al colegio, se le acercó a Leticia durante uno de los recreos. Si ese imbécil

vuelve a molestarte, me avisás. A ella le gustó saberse disputada. Sonrió levemente y él interpretó esa sonrisa como un gesto de aceptación. A la salida, Gonzalo la agarró de una mano. Te acompaño, le dijo. Ella se dejó llevar. Se detuvieron en una esquina. Él la abrazó y la besó mientras sus manos la recorrían buscando su sexo por debajo del jumper. Pará, dijo Leticia. Nos ven todos. Qué me importa, dijo él.

Ninguno de los dos egresó. Ella había repetido cuarto año. Logró pasar a quinto, pero jamás pudo terminar. Le quedaron tres materias que no rindió nunca. Él llegó hasta tercer año. Presionado por su madre comenzó a trabajar. Fue repartidor en una pizzería, repositor de mercaderías en un supermercado y cadete. Nada en lo que durara demasiado. Leticia también se puso a trabajar. Lo mejor que consiguió fue un puesto de cajera en Carrefour. Duró en ese trabajo poco más de un año. Resistió todo lo que pudo, hasta el día en que discutió con un cliente. Se quedó llorando en la caja. Tenía los nervios destrozados. El supervisor la llamó y le dijo que se fuera a su casa, que tratara de descansar. Al día siguiente, recibió el telegrama de despido.

Leticia sacó la pava del fuego y cambió la yerba del mate. Notó que el paquete estaba casi vacío. A la tarde iría a comprar otro. Tenía que caminar cinco cuadras hasta un mercadito que quedaba sobre la avenida Rivadavia. Había dejado de ir a lo del chino. Ni siquiera pasaba por la vereda. Eso la contrariaba. Ahora estaba obligada a caminar mucho más para hacer las compras y la cintura le dolía demasiado seguido. Gonzalo le prometió que la acompañaría a ver al médico. Tenía turno para la semana siguiente. Aún tenía la obra social privada que le

pagaba su padre. No era gran cosa, pero era mucho mejor que ir a atenderse a un hospital público.

Encendió la radio y buscó una emisora que le gustara. Se detuvo en una que estaba pasando una canción de Ricardo Arjona. Lamentó no haberse traído los discos que tenía de él cuando se fue de su casa. A Gonzalo no lo gustaba, pero a ella eso no le importaba. Se acordó del último recital que había dado en la cancha de Vélez. Había ido con Romina, que también era fanática.

Subió el volumen. Era uno de sus temas preferidos. Sabía la letra completa y siempre que lo escuchaba, lo cantaba. Se acarició la panza y se acercó a la radio. Escuchá mami, dijo cerrando los ojos. Escuchá qué lindo. Giró un par de veces dejándose llevar por la melodía. De pronto, escuchó un par de golpes sobre la chapa que tapiaba la ventana. Apagó la radio y esperó unos instantes. Tal vez, alguien que pasaba por ahí golpeó la chapa por puro gusto; pero no le había parecido un golpe casual, dado por algún gracioso o por alguien que tenía ganas de molestar. Era un golpe que había sido aplicado con cierta violencia, con cierto imperativo, perentorio. Un golpe que exigía una respuesta. Y esa sensación que tuvo se confirmó cuando aquel ruido se repitió, esta vez con mayor violencia.

Se asomó a una hendija para espiar. Eso se lo había enseñado Gonzalo. Si golpean, mirá por acá y fijate quien es. No le abras a nadie. Leticia se asomó. Era un policía. Sintió un leve mareo y una puntada en la panza. Mierda, murmuró. Lo único que faltaba. ¿Qué hago ahora? No podía ignorar el llamado. El poli seguramente había escuchado la música. Se le había ido la mano con el volumen. Y si no le abría, el cana iba a insistir;

tiraría la puerta abajo de ser necesario. Tal vez, el dueño de la propiedad se había enterado de que se le habían metido okupas. Leticia abrazó su panza. Tenía miedo. No sabía qué hacer. Si no abría, el policía entraría por la fuerza y si abría, Gonzalo se iba a enojar con ella. Ya se imaginaba el reproche: todo por el maldito Arjona y sus canciones de mierda.

Quitó la madera que trababa la puerta de entrada. Un momento, gritó. Temblaba como una hoja. Cuando abrió, vio al policía parado delante de ella. Detrás de él, un patrullero estacionado con otro policía sentado en el lugar del conductor. Enfrente, en la puerta del supermercado, estaba un chino mirando la escena. El policía se metió adentro y Leticia tuvo que retroceder para evitar ser empujada.

–¿Qué mierda estás haciendo acá? –le gritó el cana.

Ella quiso responder algo. Sólo pudo emitir un leve sollozo.

–¿No sabés que esto es propiedad privada?

–Sí, señor…

–Entonces, ¿qué carajos hacés viviendo acá, como su estuvieras en tu casa?

–Por favor… es sólo… por unos días…

–¿Dónde está el guacho ése que vive con vos?

–Trabajando…

–¿Dónde?

–En el centro… hace changas…

–¿Changas? ¡Qué mierda va a hacer changas!

–Se lo juro…

El policía le echó una mirada de cuerpo entero y pareció que recién en ese momento se dio cuenta de que estaba embarazada.

–¿De cuánto estás? – le preguntó.

–Seis meses… creo que siete…

–Escucháme bien lo que te voy a decir. No llorés y escuchame.

Leticia se tragó los mocos.

–Decíle al guacho ese que te lleve a otro lado. Acá no pueden estar, ¿entendés?

Ella asintió con la cabeza.

–Decile eso. Y que no se haga el pelotudo, porque si no se van, lo voy a cagar a patadas en el culo. ¿Entendiste?

–Sí señor…

Hizo una pausa y volvió a mirarla.

–¿No tenés familia vos?

–Sí.

–¿Y qué hacés acá?

Leticia se encogió de hombros y se limpió la nariz con la manga de su pulóver.

–Ya sabés –dijo el policía–. Voy a volver y ese día no los quiero ver a ninguno de los dos. ¿Está claro?

Regresó al patrullero sin esperar la respuesta. Leticia cerró la puerta. Escuchó el motor del auto alejándose y recién ahí se tranquilizó. Caminó unos pasos mientras se secaba las lágrimas con las manos. De pronto, sintió las piernas mojadas y creyó que había roto la bolsa. Desesperada, se levantó el ruedo del

vestido y se tocó los muslos y la ingle. Se dio cuenta de que había sido una falsa alarma. Se había meado encima.

SEXTO DÍA, A LA NOCHE

Habían quedado un par de porciones de pizza adentro de las cajas. Las dos botellas de cerveza estaban vacías y Gonzalo tomó el último trago que quedaba en su vaso. Maxi sacó un atado de cigarrillos y convidó una vuelta para los tres.

–Parece fácil –dijo.

–¿Qué duda cabe? –preguntó Gonzalo.

–No sé.

Enrique aspiró una bocanada y largó el humo haciendo círculos en el aire.

–La calle no es muy transitada a esa hora –dijo Gonzalo–, y, si nos movemos rápido, nada puede fallar.

Hubo silencio. Hasta se pudo escuchar el ruido del tabaco quemándose cuando pitaban el cigarrillo.

–Repasemos el plan –dijo Maxi.

Gonzalo volvió a poner el papel en donde había dibujado un plano de la zona en el centro de la mesa.

–El negocio está acá –puso un dedo índice sobre una de las calles dibujadas–, sobre Potosí, a unos diez metros de la esquina en donde voy a esperarlos con el auto. La caja está cerca de la puerta de salida. Uno de ustedes controla a los chinos para que no se hagan los héroes. El otro, encañona a la cajera

para que entregue la guita. Después salen rajando y se suben al auto. Le pegamos derecho por Pringles hacia Rivadavia y de ahí –hizo una venia con la mano derecha–, si te he visto no me acuerdo.

–¿Cuántos chinos son?

–Dos, además de la cajera. Y un boliviano que atiende la verdulería.

Maxi y Enrique se quedaron pensando unos instantes mirando el plano que estaba sobre la mesa.

–Vos Quique, ¿qué opinás? – dijo Maxi.

Enrique se rascó la nuca como si intentara arrancarse un pedazo de cuero cabelludo.

–No sé, che –dijo–. Decidí vos.

Maxi pensó unos segundos mientras apagaba el cigarrillo sobre el queso de una de las porciones de pizza que habían sobrado.

–Dejámelo pensar –dijo.

–¿Qué tenés que pensar tanto?

–No seas ansioso.

–No puedo esperar –su tono tenía cierta vehemencia–. Hace poco vino la cana y apretó a Leticia. Si no nos vamos pronto, nos van a sacar a patadas; y no tenemos a donde ir. Necesito dinero para alquilar algo. No puedo seguir de okupa, y menos con Leticia embarazada. Va a dar a luz en menos de dos meses.

Gonzalo hizo un bollo con una servilleta de papel y lo aprisionó con fuerza adentro de su puño. Maxi agarró el plano que estaba sobre la mesa y lo miró unos instantes.

–Nos dejaste en banda y ahora venís con apuros –dijo.

Ese fue un reproche que Gonzalo esperaba.

–Tenés razón –atinó a decir, casi con vergüenza–. En ese momento pensé que las cosas podían ser de otra manera.

Maxi lanzó una risotada.

–Y como no te resultaron, ahora volvés pretendiendo dar el gran golpe.

Los tres intercambiaron una mirada silenciosa.

–Okey –dijo Gonzalo intentando retomar la iniciativa -, estuve mal, lo admito.

Hizo una pausa.

–Pero al menos dame la posibilidad de arreglarlo.

Gonzalo se dio cuenta de que aquel entendimiento tácito que había entre los tres ya no existía. Sí, pensó, fue un error abrirse, pero qué otra cosa podía haber hecho, de qué manera le hubiese ocultado todo a Leticia. Ella era muy desconfiada y la excusa de las changas ya no le resultaba creíble para justificar el dinero que decía ganar.

El primer trabajo que hicieron los tres juntos fue robar un departamento cuyos dueños estaban de vacaciones. Unas cuantos días de inteligencia fueron suficientes para averiguar todo lo que necesitaban. Gonzalo se sorprendió de lo fácil que era enterarse de la intimidad de cualquier persona. Todo era cuestión de tener una fuente que diera algún dato, de vigilar los movimientos de la futura víctima y de tener una conexión

a internet. Esas eran las tres llaves que permitían entrar en la privacidad de cualquiera. Con ellas pudieron averiguar en qué empresa trabajaba el propietario, la dirección del estudio contable de su esposa y el colegio secundario al que acudían sus hijos. También averiguaron la cantidad de días que iban a estar ausentes, con qué bancos operaba el matrimonio, el saldo de un crédito hipotecario y los movimientos de sus cuentas corrientes. Maxi tenía un hermano menor que vivía sentado delante de una pantalla de computadora y se las ingeniaba para hackear cualquier sistema.

Enrique se encargó de la puerta. Había trabajado unos cuantos años con un tío suyo que era cerrajero. De él heredó el oficio y una caja de herramientas entre las que había ganzúas de todo tipo y tamaño. El trabajo se hizo limpio, sin violencia ni ruidos. Encontraron dinero en efectivo y joyas. También se llevaron algunas botellas de bebidas importadas, decenas de CD, perfumes y un par de celulares. En la heladera había comida congelada. Antes de irse cenaron, miraron televisión y jugaron con una play station que también se llevaron. Todo fue demasiado fácil y eso entusiasmó a Gonzalo.

Después del tercer departamento que hicieron juntos, Enrique propuso asaltar un maxiquiosco. Gonzalo se resistió a participar. Una cosa era entrar en un lugar en donde no había nadie y otra muy diferente hacer un atraco a mano armada. No tenía suficientes agallas para algo así. Maxi le dijo que su función sería esperarlos en un auto. Lo único que tenía que hacer era manejar. Él y Enrique se encargarían del trabajo sucio. Gonzalo pensó unos instantes. Finalmente aceptó.

La operación resultó más fácil de lo esperado, tanto que la repitieron en otros dos maxiquioscos. El procedimiento fue siempre el mismo: Gonzalo esperaba en el auto y los otros concretaban el atraco.

Siguió así hasta que se dio cuenta de que no podía continuar con ese tipo de vida. Aquello había estado bien para juntar unos pesos que lo ayudaron a resolver algunos problemas, pero ya era suficiente. Ahora debía buscarse un trabajo en serio. Demostrarle a Leticia que podía ser capaz de conseguirlo. Sabía que ella no le creía demasiado el cuento de que trabajaba con el padre de un amigo haciendo changas de albañil. Entonces, decidió largar. Cuanto antes mejor. No vaya a ser que terminara cebándose o, peor aún, que algo saliera mal y acabase lastimado, preso o quizás muerto. Ese último pensamiento lo estremeció. Hasta aquí llego, muchachos, le dijo a sus compañeros. No va más para mí. A Maxi no le gustó esa decisión. Le dijo que lo pensara, que lo necesitaban para cosas más grandes. Gonzalo se mantuvo en la negativa. Tenía que dejar esa vida por Leticia y por el hijo que estaba en camino.

Con el dinero que tenía pudo pagar un par de meses en una pensión bastante decente. Mientras tanto buscaba un lugar en donde trabajar. Tuvo una posibilidad concreta en una fábrica de electrodomésticos. Le habían dado buenas expectativas. Era para cubrir un puesto en el depósito. No era gran cosa, pero prometía la efectividad luego de tres meses de contrato. Le iban a avisar si se decidían por él. Gonzalo se entusiasmó. Pero fueron pasando los días y no recibió ningún llamado, y el dinero se iba acabando, y tuvieron que dejar la pensión, y no les quedó otra alternativa que convertirse en okupas. Gonzalo

insistió llenando solicitudes en otros lugares. Los resultados fueron idénticos: la promesa de una llamada que nunca se producía.

Por momentos fantaseaba con la idea de volver a unirse a Maxi y Enrique, pero siempre trataba de alejarse de esa idea. Hasta que sucedió aquella pelea en el supermercado chino y Gonzalo se quedó con la espina. Sentía la necesidad de vengarse. No podía olvidar la mirada desafiante de los chinos y el empujón que la cajera le dio a Leticia. No podía soportar esa humillación. Lo llamó a Maxi después de cuatro meses de haber dejado el grupo. Se juró a sí mismo que esa iba a ser la última vez. Se juntaron esa noche. Comieron pizzas, bebieron cervezas, fumaron como viejos amigos. Entonces Gonzalo propuso el plan. Lo único que omitió decir fue lo de la pelea con los chinos. No quería que sospecharan que estaba obrando por venganza más que por beneficio.

–Voy a buscar otra birra –dijo Enrique.

Maxi encendió un cigarrillo. Esta vez no convidó. Volvió a mirar el plano.

–¿Cuándo lo querés hacer? –dijo.

La pregunta sorprendió a Gonzalo. Se había imaginado que iba a rechazar la propuesta o que, si la aceptaba, le iba a poner condiciones.

–Cuando quieras.

–¿A qué hora cierran?

–Como a las diez de la noche.

Maxi pensó unos instantes mientras se rascaba el mentón.

–Lo haremos un rato antes de esa hora. Van a tener encima toda la recaudación del día.

Gonzalo agregó entusiasmado:

–El grueso de la guita lo tienen debajo de la caja. La china saca de ahí una cartera cuando necesita dar cambio.

Enrique volvió con otra botella de cerveza. La destapó y llenó los tres vasos.

–Salud –dijo Gonzalo.

–Salud –contestó Enrique.

Maxi ni siquiera chocó su vaso con los otros dos. Bebió un sorbo y luego de limpiarse los labios con el puño de su camisa, dijo:

–El jueves. A las nueve.

OCTAVO DÍA, PASADAS LAS 11:00 HS.

–¿Qué estás haciendo? –preguntó Gonzalo.

Leticia metió en el bolso lo último que le quedaba por guardar.

–Me podés contestar, por favor…

Ella lo miró.

–Me voy –dijo.

–¿Te vas? ¿A dónde?

–A mi casa –hizo una pausa– Al lugar de donde nunca tuve que irme.

–¿Qué decís? ¡Tu viejo te va a matar!

–Ése no es problema tuyo.

–¿Vos sabés lo que estás haciendo?

–Correte…

Leticia agarró su campera que estaba colgada de un clavo sobre una pared y se la puso.

–No te podés ir –dijo Gonzalo–. Estamos juntos en esto…

–¿Juntos? Vos no estabas acá el otro día cuando vino ese cana, meándote encima del miedo…

–Te dije que estaba haciendo una changa con el viejo de Patricio…

–¿Changa?–interrumpió Leticia–. Por favor, no me hables de tus changas…

–¿Se puede saber qué te pasa?

–Ayer lo llamé a Patricio. Me dijo que hace como dos meses que no te ve. Eso me pasa, que me siento una pelotuda por confiar en alguien que no se lo merece.

–¿Vos me estás persiguiendo?

–Encima te hacés el ofendido.

Se colgó el bolso de uno de los hombros y se dirigió hacia la puerta. Gonzalo se interpuso en su camino.

–Está bien –dijo–, tenés razón. No estaba haciendo ninguna changa. Tuve que mentirte para tranquilizarte.

–Qué considerado que sos.

–No te burles.

–Dejame pasar.

–Escuchame Leticia. Tengo algo en vista que nos va a permitir salir de acá…

–¿Con qué dinero?

Hizo una pausa antes de responder.

–Me prometieron un adelanto…

Ella hizo un gesto de fastidio y contestó:

–No soy boluda, Gonzalo. Parezco, pero no lo soy.

–Necesito que me creas –su voz sonaba a súplica, un tono que él jamás había utilizado.

–Y yo necesito que hagas algo por mí. No podés estar mintiendo a cada rato. No es esto lo que habíamos planeado. Íbamos a alquilar un departamento, ibas a conseguir un trabajo, yo iba a rendir las materias que me quedaron de quinto. Íbamos a tener una vida decente. ¿Y qué hicimos de todo eso? Nada ¿Dónde están las promesas? ¿En dónde quedaron los sueños? Dónde Gonzalo, decime en dónde. Dame una razón que me haga recuperar la confianza en vos, dame un motivo que justifique el hecho de que estemos juntos.

Él titubeó unos instantes. No sabía cómo neutralizar sus demandas, cómo destruir esa lógica infinitamente superior a la lógica de sus excusas y de sus mentiras.

–Esta es la última oportunidad que te pido – dijo Gonzalo tratando de recomponer el tono de su voz -. Si no resulta, podés hacer lo que quieras.

–De la única manera que podés convencerme es diciendo la verdad –dijo ella.

Él vaciló unos instantes.

–Te estoy diciendo la verdad –dijo finalmente–; ya vas a ver cuando podamos irnos…

–¿Irnos? ¿Cómo? ¿A dónde?

–Confiá en mí. Sólo necesito un poco de tiempo.

Ahora la que vacilaba era Leticia.

–¿En qué andás, Gonzalo? ¿En qué estás metido?

Él parecía no escucharla.

–Te juro que vamos a alquilar ese departamento, y que vas a poder rendir tus materias…

–¡Dejá de mentirme!

–¡No te estoy mintiendo…!

–¡Si vivís haciéndolo!

La frase retumbó unos instantes en la casa vacía.

–¡Reaccioná de una vez! –siguió Leticia– ¡Date cuenta de que nuestra vida se está yendo a la mierda! ¡Dejá de venir con palabras y con promesas que nunca cumplís!

Él trató de disimular su impotencia, su falta de respuestas, su certeza de saber que ya no dominaba la situación.

–¿No te das cuenta de que estoy haciendo todo lo posible? –dijo.

–No –contestó ella–, te juro que no me doy cuenta.

Leticia hizo una pausa.

–¿Qué es para vos hacer todo lo posible? Explicámelo Gonzalo, por favor.

–Hacer tres horas de cola para llenar una puta solicitud de trabajo. ¿Eso no significa nada para vos? Quedarte como un fo-

rro esperando que te llamen de algún lado, ¿tampoco significa nada?

–Y decirme que estás haciendo changas cuando en realidad no estás haciendo nada, ¿qué significa?

De pronto, ella sintió una puntada que la hizo trastabillar. Se inclinó hacia adelante y se tomó con las manos la panza. Él intentó ayudarla.

–Dejame –dijo Leticia.

–Ni siquiera podés caminar –dijo Gonzalo.

Se sostuvo de una pared y comenzó a respirar profundamente. Pasaron un par de minutos.

–¿Por qué no te sentás? –preguntó él.

–Porque no quiero.

Luego de unos instantes, ella sintió que el dolor comenzaba a ceder. Volvió a colgarse el bolso de uno de sus hombros y siguió caminando.

–¿Qué hacés? –dijo Gonzalo.

Ella no le respondió. Ni siquiera lo miraba.

–Leticia, no jodas…

–Dejáme tranquila.

–No te podés ir.

–Puedo hacer lo que se me cante.

–Estás loca.

–Loca estaría si me quedo acá.

Él se interpuso en su camino nuevamente.

–Vos no te vas a ningún lado–dijo amenazante.

–Te juro que si no me dejás salir voy a gritar, hasta que me escuche toda la cuadra.

Él se quedó inmóvil. Ella pasó por su lado y se dirigió a la puerta. Quitó la traba, pero Gonzalo se interpuso antes de que salga.

–Correte o grito.

–¿Qué ganás haciendo todo esto?

–Correte Gonzalo. No te lo repito más.

Se miraron unos instantes. Él se dio cuenta de que ella hablaba en serio, de que estaba decidida a irse y de que no podía hacer nada para impedirlo. Leticia salió de la casa. Él, luego de unos segundos, como si hubiese tomado repentina conciencia de lo que estaba ocurriendo, salió detrás de ella.

–¡Leticia, volvé carajo! –gritó.

Ella ni siquiera se dio vuelta. Él la alcanzó y la agarró de un brazo. Leticia logró soltarse y siguió caminando.

–¡La puta madre, Leticia!

De pronto se detuvo. Un hombre que estaba esperando un colectivo miraba la escena. En la puerta del supermercado, un chino fumaba lentamente sin quitarle la mirada de encima.

Gonzalo vio como Leticia se alejaba. Ni siquiera se dio vuelta para echarle una última mirada. Caminó hacia la esquina, cruzó la calle y se subió a un taxi.

DÉCIMO DÍA, JUEVES,

UN RATO ANTES DE LAS 21:00 HS.

El auto se detuvo en la esquina de Pringles y Potosí cinco minutos antes de las nueve de la noche. Maxi, que estaba sentado en la parte trasera, miró su reloj. Quique, sentado en el lugar del acompañante, fumaba mientras hacía lo que más le gustaba: expulsar el humo que aspiraba haciendo círculos en el aire. Gonzalo puso la palanca de cambios en punto muerto y encendió un 43/70. Echó una mirada sobre la casa que había habitado con Leticia. Luego, miró el supermercado de los chinos. Una mujer salía llevando unas bolsas llenas de mercadería.

Maxi sacó su revólver de la cintura y verificó el tambor por tercera vez desde que habían subido al auto.

–¿Estás listo, Quique? –dijo.

–Sí –contestó Enrique. Pitó nuevamente y lanzó otra sucesión de círculos.

Gonzalo levantó la vista hacia el espejo retrovisor. Maxi miraba hacia uno de sus costados. El semáforo sobre Pringles estaba en rojo. Una chica de jeans ajustados cruzó la calle. Quique la acompañó con la mirada hasta que se alejó unos metros.

–Buen culo ese –dijo.

Un interno de la línea 146 que avanzaba sobre Potosí, se detuvo a pocos metros de la esquina. Subieron tres personas. Antes de retomar su marcha, las luces de los semáforos cambiaron y los autos que esperaban sobre Pringles, avanzaron.

–Cuando el bondi arranque, lo hacemos – dijo Maxi.

Enrique tiró el cigarrillo a medio terminar por la ventanilla.

–Okey –dijo, y también él revisó el tambor de su revólver.

Gonzalo sintió un frío en el estómago. Ni siquiera la primera vez que hizo algo así tuvo tantos nervios. Clavó la mirada en la entrada del supermercado. Pensó en cuanto podía llegar a durar aquella operación. Las anteriores que habían hecho no habían demorado mucho. Apenas un par de minutos. Todo dependía de la violencia que emplearan Maxi y Enrique, de lo convincente que resultaran sus amenazas. Dos minutos, tres tal vez. Ése era el tiempo recomendable. Una mayor demora implicaba más riesgos que era mejor evitar.

La luz del semáforo de Potosí cambió a verde. El 146 arrancó. Cuando terminó de cruzar la esquina, Maxi dijo:

–Ahora.

Bajó del auto junto con Enrique. Gonzalo los vio avanzar decididos hacia el supermercado. Segundos después, los vio entrar. Prendió otro cigarrillo. Miró la hora: eran las nueve y siete. Sus manos sujetaban el volante y estaban empapadas en sudor. Encendió la radio. Fue un movimiento instintivo. Algo tenía que hacer. La espera lo consumía.

Un grupo de adolescentes se detuvo a pocos metros del auto. Hablaban a los gritos. Y se reían. Uno de ellos recibía todas las cargadas. Era por cuestiones de fútbol. Entonaron un cantito y alguien lanzó una puteada. Volvieron a estallar las risas y siguieron caminando.

Las nueve y ocho.

Gonzalo vio como el grupo se alejaba por Pringles. Detuvo su mirada en la esquina. Allí mismo, Leticia había tomado un

taxi y lo había abandonado. ¿Qué le habían dicho su padre después de tanto tiempo de ausencia? Recordó el día en que lo vio por primera vez. Habían pasado más de dos años. Habían salido del colegio y Gonzalo la acompañaba hasta su casa. El padre estaba en la puerta del edificio hablando con el portero. Se despidieron en la esquina. Leticia le explicó que era mejor así. No andaba muy bien en los estudios y su padre le había impuesto algunas restricciones a sus libertades. Es mejor que no nos vea juntos, dijo. Él lo aceptó de mala gana.

Las nueve y nueve.

Miró otra vez hacia la puerta del supermercado. Nadie entraba ni salía. No deberían tardar mucho más. Puso la palanca de cambios en primera. Por Potosí se acercó un taxi lentamente y dobló por Pringles. Gonzalo miró la luz del semáforo. Del rojo pasó al amarillo. Del amarillo al verde.

Encendió otro cigarrillo. Cambió la emisora de la radio. No pudo sintonizar la que buscaba. Había mucha interferencia. Pegó un puñetazo contra el tablero. Cuando volvió a mirar sobre Potosí, vio las luces de un patrullero que se acercaba despacio. Se quedó paralizado. Pensó que alguien había llamado a la policía. Un vecino, tal vez.

Trató de controlarse. Quizás esos canas estaban de recorrida, dando vueltas por ahí por pura rutina. Quizás seguirían de largo. Tal vez ni siquiera estaban enterados de lo que estaba pasando en lo de los chinos. Pero no siguieron de largo. Tampoco se detuvieron en el supermercado, sino unos veinte metros antes, en la casa que había ocupado con Leticia. Un policía bajó y caminó hasta ella. Golpeó la chapa que tapaba la

ventana. Habían vuelto, y los muy malditos lo hicieron en el momento menos oportuno.

Volvió a mirar su reloj. Las nueve y doce.

Gonzalo se preguntó si Maxi y Quique habían visto a ese patrullero parado a pocos metros de allí. Por unos instantes pensó en huir, en abandonar a sus compañeros, en salvar su propio pellejo. Para qué carajo me volví a meter en esto, se lamentó.

Las nueve y catorce.

El policía volvió a golpear la chapa de la ventana. De pronto, un chino salió del supermercado y corrió hacia el patrullero. Gritaba algo inentendible mientras señalaba hacia el negocio. El policía que estaba sentado en el auto, se bajó. El otro, se olvidó de la casa y se acercó para ver qué pasaba. En ese mismo instante, Maxi y Enrique salieron y corrieron hacia el auto. El otro chino y la cajera también salieron a la vereda gritando desaforados mientras señalaban a los prófugos. Maxi se dio vuelta y disparó su revólver. Uno de los chinos cayó al suelo. Los policías también dispararon. Quique, que venía rezagado, se desplomó sobre la vereda. Una bala se le había metido por la espalda y le perforó un pulmón. Otro disparo impactó en una pierna de Maxi justo cuando estaba llegando al auto.

–¡Abrime, carajo! –le gritó a Gonzalo.

Maxi se arrastró hacia el vehículo. Los dos policías se acercaron. Uno de ellos volvió a disparar. La bala agujereó la puerta del acompañante. Gonzalo miró a Maxi y lo vio revolcándose en la vereda, gritando de dolor.

Apretó el acelerador y el auto salió a toda velocidad. Escuchó una voz que gritaba *alto*. También el sonido de una moto que frenaba abruptamente. El auto golpeó contra una de las ruedas. El motociclista salió despedido y cayó sobre la vereda, a unos veinte metros del lugar del impacto.

Gonzalo pisó el acelerador. El roce con la moto le había hecho perder el control del auto y uno de los extremos delanteros rozó contra otro vehículo que estaba estacionado. Ni siquiera había alcanzado a darse cuenta. Apenas había percibido una leve sacudida. El terror lo desbordaba. No podía controlar sus emociones, no se sentía capaz de elaborar un mínimo plan, de establecer cuál era el mejor camino para salir de allí lo más rápido posible.

Una sirena comenzó a escucharse detrás de él. Miró por el espejo retrovisor. Vio las luces de un patrullero doblando por Pringles. Adelante, la luz amarilla de un semáforo. Aceleró aun más. Notó que le temblaban las manos y el latido de su corazón en las sienes. De pronto, sintió que todo era inútil, que no había forma de escapar, que su vida se iba al mismísimo infierno. Pero a esas alturas, Gonzalo no era consciente de nada. Solo escuchaba el ruido del motor y la sirena del patrullero cada vez más cerca.

Cruzó por Bartolomé Mitre y siguió avanzado a toda velocidad. Esquivó a un taxi que se había detenido para que se bajara un pasajero. Miró otra vez por el espejo retrovisor. Vio las luces del patrullero a menos de media cuadra de distancia. Quizás lo más razonable hubiese sido detenerse y entregarse, pero esa alternativa lo aterró. Cuando miró nuevamente hacia adelante se dio cuenta de que estaba llegando a la avenida

Rivadavia y que el semáforo estaba a punto de cambiar a rojo. Por más que acelerara a fondo no tenía tiempo para cruzar.

Sin embargo, lo intentó. Ya casi había llegado a la esquina y el auto avanzaba a más de ochenta kilómetros por hora. Sabía que lo que estaba haciendo era una locura, que no tenía ninguna alternativa para escapar. Pero ya no podía hacer otra cosa que lanzarse ciegamente e intentar lo imposible.

La luz del semáforo cambió a rojo y el tránsito que circulaba sobre Rivadavia, avanzó. Un colectivo, que venía por el carril central, fue el primer vehículo de una larga fila que cruzó por la esquina. Gonzalo vio la enorme carrocería de color blanco y verde interponiéndose en su camino. También alcanzó a ver la cara aterrorizada de algunos pasajeros que miraban desde las ventanillas. Una mujer, que estaba sentada en un asiento individual, giró la cabeza y apenas tuvo tiempo para comprender la enormidad de lo que estaba por ocurrir. Su cara, lívida y asombrada, fue lo último que Gonzalo alcanzó a ver antes de que el auto se incrustara debajo de la carrocería del colectivo.

CINCO MESES DESPUÉS

Ese día le costaba concentrarse en el estudio. Se cumplían cinco meses del accidente. Leticia cerró el cuaderno sobre el que estaba resolviendo un problema de matemáticas y abrió un cajón de su escritorio. Revolvió el contenido hasta que encontró lo que buscaba: un par de hojas del diario *Clarín*. El hecho había merecido casi una página de la sección policial. Leyó el título: *tragedia en Almagro*. En la entrada de la

nota, decía: *dos delincuentes fueron abatidos en la puerta de un supermercado. Un tercero huyó en un auto y causó una tragedia. Hay cinco muertos*. Luego, seguía una crónica de cómo habían sucedido las cosas. En una foto se veía el auto totalmente destrozado y un interno de la línea 5 volcado sobre la avenida Rivadavia. Habían muerto los tres delincuentes y dos pasajeros que iban en el colectivo.

Volvió a revisar el cajón. Encontró la entrada del recital de Ricardo Arjona al que había ido con Romina, un CD con la colección de sus discos en mp3 y una foto en la que estaba junto a Gonzalo. Se la habían sacado un año antes, en un bar. Leticia recordaba ese momento. Aún trabajaba en Carrefour y era su día de franco. Estaba deprimida y quería dejar ese trabajo. Él trató de animarla. Le quedaban unos pocos pesos y la invitó a tomar una cerveza. Un poco por la bebida y otro poco por el optimismo que él había logrado transmitirle, Leticia se sintió mejor. Recordaron viejas historias, anécdotas del colegio, la última película que vieron juntos. Ella le pidió al mozo que le sacara con su celular esa misma foto que ahora miraba. Después fueron a un hotel. Ella siempre estuvo segura de que aquél fue el momento en el que concibieron a su hijo.

Pocos días recordaba Leticia luego de ése en donde se había sentido feliz a su lado. Después la relación comenzó a oscurecerse. Un poco por las mentiras de él y otro poco por la ceguera de ella, por su empecinamiento en sostener las cosas como estaban y por miedo a quedarse sola con su hijo. El salto entre el Gonzalo de la foto y el de las hojas de aquel diario, era casi abismal. Entre ambos, había una zona demasiado fragmentada y dispersa, como un rompecabezas de cientos de piezas

que hay que volver a armar para que adquiera nuevamente su integridad. Cuando se enteró de su muerte, sintió un llanto compulsivo que no pudo evitar. Y lloró. Lloró durante muchas horas hasta secarse. La catarsis la había dejado vacía.

Cinco meses pasaron desde ese día. Ahora, Gonzalo había dejado de dolerle. Había descubierto que podía seguir sola, que no se había equivocado al abandonarlo, que su vida podía depender de sí misma. Esa certeza le brindó un impensado alivio. Eso era lo que más necesitaba. Sentirse libre de un recuerdo doloroso para volver a llenar nuevamente su interior vacío, para encontrar otra vez un sentido que encaminara su vida.

Un gemido la distrajo de sus pensamientos. Miró hacia la cuna. Su hijo se había despertado. Era la hora de su comida. Leticia volvió a guardar todo en el cajón y alzó al bebé entre sus brazos. Se sentó sobre la cama y desabrochó su camisa. La criatura buscó ávidamente su pezón. Del otro lado de su cuarto, escuchó la voz de su madre preguntándole si todo estaba en orden. Ella le respondió que sí. Ya se las arreglaba bastante bien sola y no necesitaba de su ayuda como en las primeras semanas.

Cuando terminó de amamantarlo, lo cambió y lo puso nuevamente en la cuna. Se quedó un rato a su lado acariciándole la cabeza. El niño lanzó unos gemidos, hizo algunas contorciones y se llevó un chupete a la boca. Luego de un rato, Leticia volvió a su escritorio e intentó seguir estudiando. Dentro de dos días tenía que rendir matemáticas, una de las tres materias que le habían quedado previas. Una tía de Romina, que era profesora, la estaba ayudando. Quería terminar el secundario. Tal vez, más adelante se inscribiría en la universidad.

Volvió a mirar hacia la cuna. Vio a Pabli mordiéndose uno de sus pies. Así lo había llamado: Pablo. Lo decidió cuando la partera se lo llevó a la habitación en donde estaba internada, dos horas después del parto. Quiso darle un nombre que le perteneciera solo a él. No quería llamarlo como algún familiar o como el padre. Quería darle un nombre que fuera suyo. Un nombre propio. Él era él y nadie más que él. Le pareció que esa era una forma de independencia, de evitarle legados que quizás con el tiempo terminarían siendo una carga, de empezar otra vez. Le gusto esa idea. Empezar de nuevo. Esa fue su consigna, su faro. Volver al punto de partida, mirar los caminos que se le ofrecían y elegir.

Volvió a escuchar la voz de su madre diciéndole que en cinco minutos cenaban. Acomodó las cosas que estaban en su escritorio. Por ese día había estudiado bastante. Puso un par de libros sobre una repisa y levantó algunos peluches que estaban por el suelo. Luego caminó hacia la cuna y volvió a alzar a su hijo. Antes de salir de la habitación se acercó a la ventana. Ya era noche cerrada. Miró hacia la calle. El tránsito circulaba demasiado despacio y más de un conductor hacía sonar la bocina de su auto.

Una repentina lluvia comenzó a golpear el vidrio de la ventana. De a poco, las luces de las calles comenzaron a reflejarse en el asfalto húmedo. El tránsito estaba cada vez más atascado. Leticia fijó su mirada en un punto indefinido. Se detuvo en él unos instantes. El estruendo de un trueno le devolvió la conciencia. Recordó que su madre estaba por servir la cena. Miró a su hijo. Con un dedo índice le acarició la mejilla y luego de dio un beso en la frente. La lluvia se había vuelto más intensa.

Con una mano desempañó el vidrio de la ventana, echó una última mirada hacia la calle y luego salió de su la habitación.

Eugenio López Arriazu

LA TRAMA

¿Qué dios detrás de Dios la trama empieza
de polvo y tiempo y sueños y agonías?
J. L. Borges, "Ajedrez".

Con despreocupada meticulosidad, don Mateo pesa sus polvillos. Sus manos regordetas llevan la fina espátula de la bolsa a la balanza con suavidad y firmeza. Éste es uno de los encargos especiales y por lo tanto presta una atención extra a la habitual, aunque el hábito o pericia le permiten, de vez en cuando, levantar los ojos y abstraerse en algún pensamiento fugaz.

Don Mateo es un farmacéutico de oficio, de esos que ya no quedan. Tiene una farmacia de barrio y con el correr del tiempo supo ganarse la simpatía del vecindario. En su farmacia de techos altos y estanterías atiborradas de frascos marrones pueden encontrarse los antídotos para casi cualquier mal. Está en la sabiduría de don Mateo dar con las proporciones correctas.

Tuvo su momento de más fama hace unos veinte años cuando, probando y mezclando, dio con un ungüento para la culebrilla. Mal para el que la medicina moderna no tiene cura, hasta los médicos, cuando los visita un paciente con sus síntomas (un sarpullido que se transforma en llaga), lo derivan a una curandera. Ésta, siguiendo el método tradicional, cerca las llagas con tinta. De no hacerlo, las llagas se expandirían, darían la vuelta al torso de la persona y al unirse del otro lado

ésta moriría. Por el contrario, cercadas por la tinta y sin poder expandirse, la culebrilla se seca y finalmente desaparece. Sin embargo, hay culebrillas severas, resistentes a la tinta. Fue combatiendo una de éstas, cuando las llagas estaban a punto de estrangular la espalda de una quinceañera, que don Mateo halló su famoso ungüento.

Aquellos fueron los años de esplendor de la farmacia y también sus años más felices. La gente afluía no sólo a comprar, sino a pedir consejo. Y no faltaba el médico de barrio que, como quien no quiere la cosa y así charlando al pasar, trataba inútilmente de sonsacarle una receta. Don Mateo era celoso de lo que gustaba llamar "sus pequeños secretitos".

Pero los tiempos cambian y en la era de los grandes laboratorios, ajetreados visitadores médicos y blancas farmacias, tanto sus recetas caseras como sus frascos marrones han perdido el brillo de aquella gloria. Ahora, sólo la gente mayor sigue pidiendo sus preparados, mientras el grueso de la venta depende de "envasados".

El tiempo y la muerte de su esposa también lo cambiaron. Sus ojos redondos, vivaces y saltones se opacaron como la fina membrana que cubre intermitentemente los ojos de las aves. Algunas personas lo atribuyeron a la tristeza. Otras, ignorantes de que la tristeza no conoce límites de tiempo, creyeron que don Mateo era víctima de alguna afección ocular. Pero el tiempo no se detuvo en sus ojos. Su frente aumentó en sincronía con su abdomen. Su carácter risueño mudó hacia una jovialidad parca, hacia un laconismo exacerbado. De movimientos solemnes, hasta apurado avanza con sosiego. Solo dos cosas

quedaron intocadas por el tiempo: el amor por su esposa y su pulso.

Ahora, al espolvorear el último miligramo sobre la balanza, sus ojos vuelven a verla. Pensar que ya han pasado diez años de su muerte. Parece mentira, una mentira fraguada por calendarios. Si ayer mismo él se sentó junto a su cama para darle con ternura indescriptible uno de sus preparados especiales. Aunque en ese entonces aún no los había bautizado de ese modo, ni tenían nombre. Ahí había empezado todo. Aunque no. En realidad casi no podía precisar cuándo. Desde que eran novios, desde la primera vez que hablaron sobre la muerte, habían estado de acuerdo en que no tenía sentido prolongarla a costa del sufrimiento. Después, cuando su cuñada murió una agonía lenta y desgarrada por los dolores del cáncer, se juraron no permitir que lo mismo le pasase a ninguno de ellos. Nunca imaginó que sería tan pronto. Pensó que ambos serían ya muy viejitos para cuando sucediera, y además tampoco iba a ser necesario. Todo se daría naturalmente. Pero el cáncer no respeta edades. "Cáncer de hueso", dijeron los médicos. Para eso no tenía ungüento. Cuando los dolores se hicieron intolerables y ya ni los narcóticos más fuertes podían calmarlos, ella le suplicó que recordara su promesa. Las drogas la mantenían en una nebulosa en que lo único real era el dolor, pero sus ojos dieron un último destello inteligente de agradecimiento cuando él, con las pupilas húmedas, cucharita en mano, le dijo acariciándole la mejilla: "Tomá, lo que te prometí". Aunque el recuerdo, atenuado por la frecuencia, ya no le enturbia la vista.

Vuelca el preparado especial en un tubo de plástico, con una pipeta agrega una cantidad precisa de líquido, tapa el tubo y lo agita. Después le pone una etiqueta que dice "Sr. Tolosa".

Desde la muerte de su mujer, ha tenido oportunidad de hacer varios de sus "preparados especiales". Gente buena, del barrio, algunos casi amigos, a los que les evitó la tortura de una agonía prolongada. Con el tiempo fue viéndose a sí mismo como un benefactor social, una especie de enviado, o mejor dicho –don Mateo no tiene un alma muy religiosa– como si toda su vida hubiera transcurrido para que éste fuera su destino y función naturales asignados, si no por un Dios, por el Orden de las Cosas. Su misión, no carente de poesía, tal vez fuera el desenlace natural de los secretos conservados por antiguos boticarios desde tiempos inmemoriales. No osa formulárselo cabalmente, pero por momentos siente un placer íntimo que sospecha compartido con los dioses: después del don de dar la vida, quizá el de otorgar una muerte dulce sea el más preciado. Y en esto don Mateo ha alcanzado una maestría que él calificaría de envidiable. Con tesón y espíritu crítico, mezcla, agrega y quita sus "pequeños secretitos". Sus preparados provocan una muerte gradual y sin dolor. Casi diríamos, feliz… y cuando pone la etiqueta sobre el tubo, sus ojos ya no expresan la calidez del que hace un bien. Su mirada es un cuchillo. Las manos tibias de la muerte buena son ahora las frías del asesino que perfecciona su técnica.

De un tiempo a esta parte, sin embargo, algo ha empezado a quebrarse en la armónica filosofía de don Mateo. Una mancha de humedad se extiende y amenaza derruir la muralla de sus pensamientos. Difícil localizar su origen, aunque era

al principio tan osmótica como la culpa. Don Mateo guarda el tubo como siempre en el cajón de los encargos, pero en ese momento, quién sabe por qué, tal vez por el gato que se aprieta contra sus piernas, tal vez porque en el fondo del cajón atisba una foto de ella que hacía tiempo no veía, tal vez porque las dos cosas suceden en el mismo instante, recuerda a su mujer. Ve su cara. Tras ella desfilan las caras de los otros, siempre serios, siempre, como ella, enmarcados por sus ataúdes: la humedad fisura finalmente la pared. Al cerrar el cajón, le tiemblan las rodillas y se tiene que aferrar a la mesa. Algo se quiebra en su interior y, por primera vez en mucho tiempo, llora en silencio su destino de soledad y de secretos. Después va a la otra punta de la mesa, abre otro cajón, saca un revólver, se sienta en la silla y se mete el cañón del arma en la boca.

Entonces entro en la farmacia y golpeo las manos. El ruido sacude a don Mateo, oculto por una cortina en la parte de atrás. Viene y me enfrenta con los ojos todavía húmedos. No sé qué decirle. En un arrebato irreflexivo me he metido en mi propio cuento para salvarle la vida a un personaje que se iba a suicidar sin mi consentimiento. ¿Cómo decirle que el suicidio está fuera de lugar, que yo tengo otros planes para él dentro de mi trama? ¿Cómo explicarle a ese hombre que en realidad no es real, que es una ficción pergeñada por mí, un producto de mi imaginación? ¿En qué podría cambiar su decisión por eso? ¿Acaso una tortura imaginada duele menos que una real? Persona o personaje, quizá matarse sea su única alternativa. Además, ¿por qué habría de creerme?

Don Mateo sigue a la espera, mirándome callado. "Vengo por el encargo del Señor Tolosa", digo. Él vuelve con paso

cansado a la parte de atrás y me trae el tubo. Le pago y me voy, pero me quedo cerca de la puerta. En seguida escucho el disparo.

Hace una hora que camino angustiado por un Buenos Aires fantasma. No sé cómo salir del cuento. La idea de estar prisionero en mi propia ficción es ridícula y escalofriante, pero hay una peor. Si el escritor de este cuento soy yo, ¿por qué no pude evitar la muerte de mi personaje? Y además… ¿Por qué mi pasado es tan borroso, tan lleno de agujeros? Un hecho explicaría todo de forma sencilla y terrible a la vez: que yo no sea en realidad el escritor de esta historia, sino un mero narrador, instrumento y fantasía del verdadero escritor.

Preso de una voluntad ajena, arrastrado por el miedo, con la esperanza de que mi muerte también sea ficticia, destapo el "preparado especial" y lo tomo lentamente. Sabe dulce.

JOSÉ MARÍA GUERRERO

PUMA DE CARTÓN

Pese a que el carro reventaba de papeles y cartones, a Aylén no le costaba llevarlo. Mientras comía la manzana y empujaba, soñaba despierta, como siempre, aunque con los ojos entornados, en un intento de rehuir gestos o miradas. Podría haber tirado el cabo en el cordón de la vereda, pero optó por un tacho. Se limpió la boca con el dorso de la mano, se olió la palma y aspiró el delicioso aroma que la fruta, su única comida del día, le dejaba como recuerdo. Una manzana, nada más. Pensó que, si no se hubiera ido de Zapala, podría estar comiendo todos los días.

–Buenas, moza –le dijo el portero con la manguera en la mano, desperdiciando agua.

¿Moza? ¿Moza ella? La Mapu, le decían allá. Mapuche soy por mi vieja, que en paz descanse. Si me viera en Buenos Aires… No te vayas, quedate. Qué vas a hacer allí. Casate con Nahuel, que tantitas ovejas tiene. El agua. Cómo la tiran estos tipos. Pobres animalitos, que se me mueren allá. Si mama viera, no lo creería.

–Buen día, don Valle –dijo– ¿Me guardó las cajas?

–Por supuesto, las tengo en el sótano. Venga, venga, que se las doy.

–No puedo dejar el carro solo.

–¿Quién se lo va a robar?

–Algún vago que quiera hacerse de unos pesos –dijo Aylén mientras miraba hacia uno y otro lado de la cuadra. Nada. Al Virrey Ceballos lo habían dejado solo.

–Dejeló, mi colega de al lado se lo relojea. Che, Jacinto, mirameló, que es de la amiga.

El sordo Jacinto siguió de espaldas, sacándole lustre al picaporte.

¡Ay, mama! Tenías razón, los porteños son bravos, no hay que confiarse. ¿Adónde me lleva éste?

Bajaron unas escaleras angostas y mugrientas. Apestaba aquel sótano. Y de pronto Aylén se topó con una mujer. Qué estúpida, se dijo, sobresaltada, se trataba de un espejo. Y la Mapu se vio a sí misma: Aylén Gomez, fuerte y orgullosa, de apellido mentiroso y raza cierta. Juntada con el menos tomador, hombre flojo para traer comida, ladrón frustrado por miedo al calabozo, consumidor de «paco» antes y después del vino, propietario del dos ruedas tambaleante. Creía ser el dueño de la Mapu.

¡Qué olor inmundo! Parece que guardan la basura en lugar de tirarla.

–Disculpe, don Andrés, no se ve nada.

–Véngase nomás, no sea sonsa. ¿Tiene miedo a la oscuridad? Tiene miedo…

–A los muertos, un poco. Pero a los vivos, poco y nada. Y a los muy vivos, ni respeto siquiera –Aylén respondió enseguida, sin dejar de palpar la pared húmeda.

¿Y esto?, se preguntó Andrés Vallechico pasándose el dedo por los bigotes de ratón enclenque. ¿A quién quería madrugar la chirusita? ¿A él, tan luego, acostumbrado a recibir favores de las jóvenes que recomendaba a los vecinos? ¿Tan luego a él, que con llaves conseguidas por las pupilas hacía desaparecer lo que menos se extrañaba? A más de una había domado a lonjazos, plantado en sus altas botas de goma. Y con ésta no haría una excepción: ya podía distinguirla, los ojos acostumbrados a la penumbra. Mirala vos a la cartonera, el lomo que tiene. A esta guacha me la mandó Dios.

–Por acá, por acá –jadeó, y notó la saliva que le remojaba la pera. Deme la mano, que se me quemó la lamparita –susurró.

–¿Linterna no hay? –preguntó Aylén sin hacerle caso.

–Está en el fondo del sótano. Mire que le junté mucho papel, que usted se lo merece.

Qué regalito te hago, negra de mierda. Te vas a llevar papel, cartón… Y algo más te vas a llevar. Te vas a llevar lo mejor que tengo.

Cuando la mano del portero le rozó la suya como sin intención, Aylén sintió algo además de ese tacto pegajoso. Sintió algo en la espalda, la misma señal de aquella mañana del puma cerca de Zapala. Ella buscaba dos corderos perdidos en la cueva profunda.

Éste tiene olor a fiera.

Inmóvil en la oscuridad –Aylén tampoco era de andar con fósforos–, trató de distinguir algo arriba, pero la puerta cerrada hizo noche al alba.

Qué aliento, hijo de puta. Te creés que me vendo por dos diarios. Te falta pa' cazador. No te la vas a llevar de arriba. Igualito a esa vez de los mamones.

Aylén, allá en el Sur. Toda la tarde rastreándolos por el cerro, entre toscas y espinillos: dos corderos que quedaron guachos por su culpa. Por culpa de una fiera cebada, mejor dicho. Buscaba, olisqueaba y se golpeaba la frente por torpe. De pronto, ante la boca de una cueva, oyó el balido. Se agachó para deslizarse entre la penumbra: no tenía miedo en la entraña de la piedra, y el llamado era de bien adentro. «¡Qué estúpida!» pensó, la vela se había empapado al vadear. No pudo acostumbrar sus ojos a la negrura. Pero el perdido seguía llamando.

Jede fuerte, venite puma, te quiero ver los ojos. Tengo lazo pa' hacerte cuero de silla y carne pa' los perros.

–¿Dónde anda, don Valle?

Igual olor, la misma fiera. La pared está mojada, y el aliento lo tengo cerca. Ay, vieja, si usté me dijo que olvidara los mamones, que dejara todo.

–Llamame Ramón.

–No me toque.

–¡Arisca! Soy muy bueno con las chicas lindas como vos.

–Le dije que no me toque.

–¿Tocarte? Son caricias.

–¡Déjeme que grito!

–Nadie te va a oír. Esto es el paraíso, ya vas a ver.

–¡Suélteme, carajo!

–Ah, sos bravita. Una nena que necesita un chirlo.

–Si me pega, le corto las bolas. –La voz de Aylén suena como acero de esquila.

El puma se frena, advertido. Y tantea entonces: «Un poco de amor, nada más. ¿O nunca estuviste con un macho?».

Aylén está por responder con sus uñas, con sus dientes, como fuese. Pero lo piensa mejor.

–Está bien –dice–. Tranquilo. Deje que me saco la ropa yo misma, no quiero arrugarla.

Vas a ver hijounagran…

–Por supuesto, sí mujer. Te entiendo.

–Téngame el corpiño.

–¡Qué lindo olor tiene!

–Sí, sí.

Mejor va a oler cuando te lo enrosque en el cuello, mal parido.

–Sabía que yo te caliento, bien lindo que me mirabas. «¡Ay, don!», me decías. «¿Qué me está guardando?» Acá me tenés, vení. Dame la mano, tengo el colchón ya listo.

–Tabién.

Mismo cuando me hice la muerta, ante el puma que se me venía. Y yo con el único corderito que encontré vivo. Bajo la pollera,

ahí lo escondí. Y la piedra en una mano y la soga en la otra. Acercate, puma… te oigo pero no te veo. Bicho de mierda, te voy a…

El corderito la salvó: el pobre intentó escapar en vano. Aylén vio los ojos brillantes del puma en la mordida fatal. La piedra cayó con fuerza desconocida entre las dos pequeñas luces. El animal quedó atontado. Otro golpe. La soga anudada al cuello terminó con la lucha. Aylén se arrastró hasta la salida. Respiró profundo, lamió sus brazos arañados y gritó. Luego volvió a buscar la carne para los perros y el cuero para la silla de la madre.

Ramón acabó, con el corpiño de la mujer ajustándole su cuello de puma. La sonrisa de la muerte se le hizo mueca. Aylén recordó comentarios de que en el noveno piso, el último, había una gran estufa. Y a la leña la guardaban abajo, en ese mismo sótano. Y la encontró. Y también un hacha de buen filo.

Echó llave a la puerta. Trozó al animal en apenas dos horas, como con los carneros viejos. Las bolsas de consorcio, negras y fuertes, sirvieron de mortaja.

Y esa noche, en el pasillo más cercano al riachuelo de la villa 24, hubo olla popular de guiso de oveja. Para hambrientos y desesperados, sombras de una ciudad impiadosa.

BEATRIZ ELENA PUERTAS

EL ALTILLO

Podría haber optado por otra variante, pero –confundida ante la presión social y los términos imaginarios en los que alguna vez coloqué la balanza de la injusticia y la justicia– opté por darles un lugar en el altillo. Creo que no supieron agradecérmelo.

Llevaron todas sus pertenencias subiendo la escalera pesadamente. Ella arrastraba los suecos de madera y él dejaba atrás el aroma de la pipa. Tiempo después comprobé que los suecos habían arrancado el esmalte sintético.

De manera que se ubicaron por encima mío. Después de asistir –algo fastidiada– a la aparatosa mudanza resolví refugiarme en la lectura de un buen libro. Lectura que dicho sea de paso no duró mucho, porque bastó apenas media hora para que se alterara la tranquilidad. Primero traté de aparentar que no escuchaba pero finalmente les pedí que bajaran la voz, temerosa de la reacción de los vecinos. Dicho lo cual me sumergí nuevamente en la lectura. Estaba leyendo un tomo de la Historia Argentina de José María Rosa que parecía haber sido escrito especialmente para mi placer. Placer que tampoco duró mucho porque, una vez finalizada la discusión, la pareja se reconcilió –diría– que con idéntico fervor con el que había cruzado armas. Y esta vez me alcanzó y me sobró para cerrar el libro y dedicarme a la meditación en la cocina que era el lugar más aislado acústicamente.

Preparé café para los tres pensando que, cuando bajaran a ducharse podía invitarlos a conversar un rato.

Momentos después bajaron. El me saludó con el rotundo y estentóreo "compañera" con el que me hacía sentir una especie de estúpida e imberbe. Ella bajó después. Se metió en el diminuto baño y a los quince minutos salió vestida como para ir al Colón. Sinceramente me avergonzó esperarla con una taza de café, era tan poco... pero ella lo aceptó gustosa. Me volví a servir.

La cocina se llenó de un ambiente fraternal que yo no gozaba hacía mucho tiempo. Ojalá se hubiera quedado esa imagen congelada, pero no.

Se me ocurrió preguntarle para qué se había arreglado tanto y el ambiente se enrareció.

En la esquina hay un bar –respondió al cabo de breves segundos mientras se alisaba la pollera gitana.

Pensábamos ir a tomar unas copas, hay un viejo que toca tangos con un acordeón –agregó él. Noté que ese pensábamos era inclusivo. Cosa que confirmé cuando continuó diciendo:

–Si querés te enseño a jugar al billar.

Fuimos al bistró, tomamos unas copas, cenamos warme vlees gehakt y volvimos alegres al departamento.

Apenas encendí la luz, dos enormes ratones oscuros saltaron desde arriba de la mesada y se escondieron en una grieta de la madera.

Nosotros tres salimos corriendo por la angosta escalera caracol, atropellándonos y segregando inútilmente adrenalina.

No obstante, como nos duraba la euforia de la camaradería y del alcohol, tanto como de la cena que había pagado yo, llegamos al altillo muertos de risa, para dejarnos rodar por el suelo. Ellos me dijeron que me quedara a dormir.

–¿Aquí con ustedes?

Ella se había dado vuelta contra la pared, tendida sobre el colchón, no antes de encender un sahumerio. No contestó.

Yo dormí sobre la alfombra mullida, pero como tenía miedo de que subieran los ratones, más que un sueño fue una duermevela. De a ratos, me parecía que él me miraba y seguramente lo hizo, porque cuando fingí estar dormida profundamente, le apoyó una mano sobre la cadera y dijo susurrando:

–Cayó la guardia.

Y esa fue nuestra primera noche.

El día siguiente se presentó lluvioso y resolvimos de conjunto que –después de llenar la heladera– iríamos a pasear al puerto. De conjunto es una manera de decir, en realidad, a falta de un plan me limité a aceptar uno que se me presentaba elaborado.

Así que fuimos al hipermercado. En el camino, él había recogido un amigo hermoso, morocho, seductor. El hombre más seductor que yo había conocido hasta el momento. Me acuerdo que atravesamos las calles lo más velozmente que se puede hacer con un pequeño citroen entre risas y charlas entrecortadas.

Llegamos. Tomamos un enorme carrito y ellos se pusieron a cargarlo recorriendo golosamente las góndolas. No solamente ponían alimentos sino también frazadas, sábanas, utensilios

de cocina. Es decir que a partir de su llegada íbamos a iniciar una vida normal –pensaba yo– mientras contemplaba el colador y la sartén.

En la parte inferior del carrito había un compartimiento especial para bebidas donde el amigo seductor, después de hacerme un guiño, colocó dos cajones de cerveza Grobsh.

Cuando llegamos a la caja él pasó adelante y retiró el ticket para sacar el auto del estacionamiento. Dejó caer en el aparato dos gruesos rijksdaalder y se alejó sacando pecho debajo de su pesado saco de cuero.

Ella se puso delante del mostrador para ir acomodando las compras a medida que fueran sumadas, mientras el amigo tomaba los dos cajones de cerveza y se dirigía a la otra salida sin dar vuelta la cabeza.

Mi estupefacción no puede describirse. Solamente se disipó cuando recibí el largo ticket que me extendía la cajera, que había supuesto que yo era la que pagaba y no se equivocó.

Llegamos a casa. En tanto yo acomodaba las cosas en la heladera, el amigo me dijo si podía darse una ducha.

–Por supuesto que sí.

Pocos minutos después asomó la cabeza para preguntarme si tenía un toallón blanco.

–¿Blanco tiene que ser?

Ellos me contemplaban burlones mientras revolvía los cajones tratando de complacerlo.

–Sos una obsecuente –escuché que dijo ella cuando descubrí en el fondo uno que tenía ribetes de colores pero que podía pasar por blanco.

No sé por qué lo dijo pero lo sentí como una bofetada y esa fue solo la primera.

Cuando el amigo terminó de bañarse me preguntaron si ahora entraba yo. En realidad no tenía deseos de bañarme, me sentía como una pelotita de ping pong, pero entré para no dar explicaciones y me demoré debajo del agua cantando mientras me corría la espuma por el cuello.

Cuando salí perturbada por la falta de una salida de baño, claro, yo vivía sola, los encontré en la cocina tomando Grobsh. Era la hora del desayuno.

–Fue memorable la compra de los dos cajones ¿no?

Sonreí fingiendo que aceptaba el robo con gusto pero no conseguí engañarlos.

–Sos muy esquemática– me soltó ella en el tercer o cuarto cachetazo mientras deslizaba sus cortas manos sobre mis omóplatos.

Después nos fuimos al puerto. Lloviznaba. Era una verdadera primavera de Ámsterdam y la temperatura seguía cayendo.

Saludamos a los marineros de los barcos con las cuatro palabras que sabíamos de inglés. Cuando la llovizna se convirtió en lluvia pesada y luego en la última aguanieve decidimos entrar a un pequeño restaurant.

Estaba lleno pero el mozo supuso que iba a recibir propina de turistas y nos hizo un lugar junto a la ventana. Contra la mesa redonda rebotaban las sirenas de los barcos.

Miramos con avidez la carta con platos típicos.

Ellos eligieron un menú marino. Gambas, rabas, cornalitos. Yo opté por una omelette de champignon.

El vino de la casa era riquísimo. Probé el mío observando la condensación del vapor sobre las ventanas. Afuera seguramente había vuelto a hacer frío.

Él no dejaba de mirarme. Lo hizo detenidamente mientras maniobraba con la pipa. Me pregunté si eran necesarias tantas pequeñas pinzas y aparatitos y me respondí que por algo le dicen el arte de fumar en pipa.

–Hubiera elegido tu plato, debe haber estado exquisita esa omelette.

–¿Por qué no me pediste y la compartíamos?

Ella retiró estrepitosamente su silla y se dirigió al baño.

Pagué con un cheque porque se me había terminado el efectivo y nos fuimos.

Durante las siete cuadras que caminamos hasta el auto nadie dijo nada.

Me invadió un sueño profundo, producto natural de mezclar el vino con el aire de sales marinas.

Ella se acomodó contra el respaldo del asiento del acompañante y se adormeció.

Él aprovechó para contarme su triste historia de infancia carenciada. Lo hizo sobre la base de su desconocimiento de la omelette de champignon y tantas otras cosas que no precisó.

Una cortina invisible me impidió hundirme en la compasión.

Llegamos a casa, encendí dieciséis velas en la estufa que había dejado en piloto y él salió a comprar vino.

Me impresionaba el consumo de alcohol a todas horas, aunque no puedo decir que me haya negado a compartirlo.

Conversamos. Ella preparó la cena. Miramos televisión y nos fuimos a dormir. En el camino habíamos dejado al amigo seductor. Lo pasé muy bien.

Y ese fue el segundo día.

Al día siguiente continuó lloviendo. El se levantó, se duchó, se recortó prolijamente la barba y anunció que iba a buscar trabajo. Agregó con una sonrisa tierna:

–Ahora soy el hombre de la casa.

Ella y yo nos quedamos ocupadas en tareas domésticas. Comimos en un Wimpy y nos volvimos a dormir la siesta.

A la noche, él llegó empapado. Desde la puerta gritó que le pusiéramos un felpudo. No había conseguido trabajo.

–No tuve suerte.

A la tarde habían pasado ofreciendo el Kabeltelevisie. La oferta era buena pero tuve que pedirle que volvieran al mes siguiente, porque había empezado a dudar sobre mis finanzas.

Ella preparó unos deliciosos canelones repasando un libro de recetas que le había escrito la madre.

Ya estábamos a punto de sentarnos a comer cuando tocaron el timbre. Debajo de varias vueltas de una negra capa impermeable encontré a un desconocido que no tardó en presentarse y preguntar por él.

Estaba invitado a cenar. Era otro amigo.

Después de la cena toqué la guitarra. Ella se enganchó enseguida, pero el nuevo amigo, recordó sutilmente que había sido el primer marido de la guitarrera que había sacado chapa en la colonia. Entonces me enteré quién había sido el segundo marido y que el amigo seductor que robaba cerveza era firme candidato a ser el tercero. Tenía un hijo con cada uno de ellos y vivían todos juntos. No parecían sufrir celos ni sentido de posesión lo que me dejó perpleja. Pregunté por qué a la guitarrera se le daba por casarse, si éramos todos tan progresistas que se fuera a la cama y listo.

No hubo respuesta. El amigo se fue a la casa que yo imaginé como un campamento hippie.

Y esa fue la tercera noche.

Después de desayunar al día siguiente, ella me dijo que necesitábamos un gato. Era cierto. No había vuelto a preocuparme por los ratones, a no ser cuando a la noche los escuchaba rascando el interior de las paredes de madera.

–Digo como vos sos amiga del Petizo, podrías pedirle uno, sabés que es un fanático de los gatos.

Esa misma tarde traje a Mandinga. Ella me acompañó hasta la esquina de la casa del Petizo y me esperó en un bar.

–¿Por qué no vas?

–Mirá lo que preguntás ¿no te acordás que pertenecíamos a fracciones opuestas?

–Antes…pasó un siglo de eso.

–Para mí no. Lo detesto. Encima mina que ve... se cree Alain Delon. Andá vos.

El gato nos proporcionó tranquilidad por un lado, pero también ocasionó la primera discusión abierta.

Completamente aturdida, la escuché llamarme egoísta porque no me había dado cuenta de comprar comida para el gato. ¿Yo egoísta? Les había solucionado el problema de la vivienda. Compraba la comida. Pagaba los gastos de los paseos y las invitaciones a diversos amigos. No lo dije, pero ella había empezado a retroceder temerosa de mi reacción y de perder la gallina de los huevos de oro. Con su voz más dulce me explicó que yo era egoísta en otro sentido. Es decir que me había leído el pensamiento. Ese fue mi primer contacto con su mundo de brujería. Más tarde la madre vino a leer la borra del café.

La discusión se cerró con ella que le pasaba furiosa el trapo al piso de la cocina y conmigo inmersa en la página ciento sesenta y ocho del libro de historia que me había obligado a abandonar.

Una hora después llegó él. Ella lo besó. Yo lo recibí como una tregua. Nadie le dijo nada pero intuyó que había pasado algo y sacó a relucir sus dotes de negociador.

Terminamos tomando cerveza en el bistró de la esquina y ahí recibí mis primeras lecciones de billar.

Y ese fue el cuarto día.

La mañana siguiente no los esperé para desayunar porque tenía que devolver unos libros a la biblioteca. Ya en el centro me fui a la PTT y pedí un teléfono. Compré ropa y una agenda. Quiero decir que había terminado por asentarme, por tener referencias, por rodearme de confort, de comodidades que sola no hubiera sabido como disfrutar.

Finalmente regresé a casa. Ellos estaban en el amplio salón, recostados en el sofá. El televisor estaba prendido pero hacía rayas.

Para no molestar me preparé un sandwich y lo comí mientras contemplaba el cedro que se elevaba en el patio central del edificio. Hasta mí llegaban los gritos del recreo de los chicos del colegio. Me gustó mucho esta apariencia de normalidad. De retornar a algún cauce que ya había perdido. La cocina estaba inundada de sol.

Le di de comer al gato, llené el rociador y me dispuse a regar las plantas.

Las cretonas se chuparon el agua en pocos segundos agobiadas por el calor de la estufa. Así que volví a la cocina para llenar nuevamente el rociador.

Cuando volví a entrar al salón me saludaron. Estaban despiertos. Entonces fui a llenar el recipiente por tercera vez, cuando estaba llegando oí risas. Se me contrajo involuntariamente la cara, retrocedí unos pasos preguntándome por qué no usaban el altillo.

Ella me llamó cálidamente. Me preguntó cómo había sido mi mañana. Me senté en el sillón chico antes de contestarle y entonces empezaron de nuevo a reirse. Por si me quedaban dudas, él dijo con voz ahogada: –¿Ves loca? Estamos cogiendo.

Tiempo después, con su habitual habilidad para retorcer las cosas y las situaciones, le presentó este hecho a unos amigos comunes como una forma especial de terapia que él, magnánimo, había ideado para mí.

La cosa es –aseguraba– contactarla otra vez con los placeres de la vida. Hay que dotarla de emociones y desembotarle los sentidos porque los choques eléctricos permanecen durante mucho tiempo debajo de la piel, adormecen los músculos y tener relaciones es eso, es como un músculo que hay que ejercitar para que se vaya distendiendo.

No sé si los otros habrán creído en su explicación, pero yo me sentí violenta y humillada. Me encerré con un libro en mi habitación y no volví a salir.

Ellos regresaron al altillo. No hubo cena.

Y esa fue la quinta noche.

La sexta noche –según mis captores la definitiva– fui a la ferretería del barrio. Pedí cal cruda para preparar. Me dieron una bolsa de polvo amarillo. Le eché agua. Y me puse a esperar. Esperé hasta que cesaron los crujidos y subí descalza con los pies envueltos en tres gruesos pares de medias de lana sin cardar.

Entonces, mientras la luna asomaba por la ventana los rocié con la cal viva que aún levantaba burbujas. Me tapé los oídos para no escuchar sus súplicas y me alejé dejándolos convertidos en maniquí.

Y esa fue la última noche.

MARÍA MARTHA PICHEL

BOFETADA EN NOCHEBUENA

Todas las noches, cuando el silencio es absoluto y la oscuridad predomina, me concentro en escuchar los latidos de mi propio corazón. Mientras reflexiono un poco sobre mi vida y mis cosas, hasta que me voy quedando dormida, sin darme cuenta.

Oigo a través de mi puerta la respiración de Matías. Respira tan pero tan hondo, que a veces creo que no va alcanzarle todo el aire de su habitación hasta que se haga de día. Por suerte ya no llora de noche.

¿Como una persona puede tenerle tanto miedo a un sueño? ¡Un sueño! Ni siquiera se trata de la realidad. Pero ahí van todos, hasta mi abuela cuando se qAueda a dormir. Todos salen corriendo hasta su cama. Toda la familia calmando y explicándole a mi hermanito algo tan obvio como que un sueño es un sueño. Pero no, basta que se tranquilice para que el ridículo episodio de repita cada noche. ¿Y yo qué? ¿Acaso nunca se preguntaron por qué ni me movía? Podría haberme muerto y nadie se hubiera enterado. Cuando tengo alguna pesadilla, me despierto y me doy cuenta de que estoy en mi casa, en mi cama y con mi familia. Entonces, me tapo bien y sigo durmiendo.

Ya no me asustan los monstruos que se forman en la oscuridad. Ni me dan miedo los ruidos que hace el calefón desde la cocina. Ya aprendí a reconocer los bultos de la ropa apilada

en la silla, y que el guardapolvo colgado en el perchero, no es una nena muerta que me vigila. Tampoco tengo miedo a que haya alguien debajo de mi cama ni que aparezca un verdugo de adentro del ropero. No existen más los verdugos.

Dentro de un rato va a entrar coyote a mi cuarto. Mis papas no me dan permiso para que duerma conmigo. Pero cuando todos duermen, yo siento tiqui tiqui tiqui hasta mi puerta y espera mi orden, yo le digo veni!, en voz bien baja, pero el igual me escucha. Entonces de un salto, sube a mi cama y se duerme hecho un bollito a mis pies. Otras veces, cuando tengo frío, se me echa un poco encima, con cuidado de no aplastarme. A mí eso me encanta, porque me da calorcito y además puedo sentir su corazón latir sobre mi panza, y me parece que eso le hace muy bien a la salud.

Después, cuando me levanto para ir al colegio, el ya no está. Ese es nuestro secreto. Sólo Coyote y yo sabemos que dormimos juntos.

El es el único que me entiende en esta casa. Sabe cuando estoy triste, cuando tengo frío o cuando algo me preocupa. Mis papas están todo el tiempo atentos a Matías. Porque tiene problemas. Siempre llora por alguna cosa. Llora en el colegio, llora en casa, llora por las noches, llora cuando salimos, cuando veraneamos. Yo de chiquita no lloraba así. Así sin un motivo digo…

Mi cuarto lo decoraron todo en rosa. El de Matías en celeste. A mí me gusta más el celeste. No sé porque siempre relacionan a las nenas con el rosa. No les bastó con mi cuarto, mi ropa y mis cosas también siempre me las compran rosa. La mochila del cole, la cartuchera, la jabonera, y que se yo cuan-

tas cosas más. Yo no digo que el rosa sea un color feo. Pero todo rosa no me gusta. El celeste es más lindo. El cielo por ejemplo, es todo celeste y no le molesta a nadie. Al contrario dicen, -¡mira que cielo tan lindo, todo celeste! Hasta el verde o el violeta son mejores. Hay un montón, amarillo, anaranjado, azul, rojo, fucsia.

Pero a mí todo me toca en rosa. Y yo, por agradecida y para que no se ofendan les digo que me gustan mucho sus regalos. Claro, a todas las chicas de mi edad les gusta el rosa y todo lo que se vende para las nenas es rosa. Así no se puede pensar en otra cosa más que en rosa.

Para las fiestas de navidad o reyes siempre nos dicen que papá Noel trae regalos para todos los chicos del planeta. A mí siempre me resulto sospechoso. Cuando les pregunto nadie me dice nada. Para mí que no existen. O se habrán muerto y no nos lo quieren decir. Porque díganme, como un apersona puede tener tiempo para comprar regalos para todos los chicos del mundo, repartirlo y a demás, saber quiénes se portaron bien para entregárselos. Lo mismo que los reyes magos. Como cruzan el mar con los camellos. ¿Y todo en una sola noche? ¿Y nunca nadie los vio? Coyote sin duda les hubiera ladrado ¿cómo es posible que no se diera cuenta que entraban a casa tres señores con turbantes a camello y encima con enormes bolsas sobre sus espaldas? Igual que los ladrones ¿Y nunca un ladrido? No, eso no es posible de ninguna manera. Además, ¿como saben el talle de nuestra ropa por ejemplo? ¿Cómo sabe papá Noel cuanto calzo?

Otra cosa que me revienta, cuando tenía la edad de Matías, tanto papá Noel como los reyes, me traían juguetes, pero ahora

me empezaron atraer ropa. ¡La ropa no es un regalo! La ropa es una obligación. Es como si fuera que me regalasen remedios o un felpudo, que se yo. A mí me parece que no es así.

La ultima navidad que pasamos en casa, estábamos todos reunidos. Mi abuela, mis padres, Matías, mis dos tíos y un primito. Cuando llego la hora de los regalos, que habían estado ahí al pie del árbol toda la noche, cosa que afirma mis sospechas contra la existencia del papá Noel, los grandes dijeron en un tono muy falseado –¡Chicos, chicos vengan, miren lo que les trajo papá Noel!– Todos fuimos alrededor del arbolito, Matías y mi primito estaban encantados abriendo sus regalos. Yo al recibir el mío, al tacto ya me di cuenta que no era un juguete. Aprendí a no ilusionarme cuando el envoltorio es blando y no viene dentro de una caja… Y así fue, una remera y un short haciendo juego.

–¿Te gusta lo que te trajo papa Noel? –Preguntó estúpidamente mi tía. Yo, agradecida como siempre, pero cansada de fingir le dije a todos, si si muy lindo, me gusta mucho y además el rosa me va con casi todo lo que tengo, pero ¿para qué nos trae ropa papá Noel? si la ropa es una obligación de nuestros padres. Igual que la comida y la salud, no sé porque nos tiene que traer él la ropa?

Apenas terminé de decir estas palabras recibí una bofetada de mi madre. Se produjo un silencio. Afuera las cañitas y los petardos retumbaban, todo el barrio y las demás casas festejaban. Yo me di media vuelta y corrí a encerrarme en mi cuarto. No iba a ofrecerles un humillante espectáculo. Coyote, que por suerte nunca le tuvo miedo a lo cuetes, fue el único que vino

a acompañarme. Por allá en Belén, parece que nacía el niño Dios, sinceramente eso, todavía no termino de entenderlo.

OSCAR DANIEL SALOMÓN

LAS MÚLTIPLES MUERTES DE CLAUDIO MAMERTO CUENCA

Estoy clavado a esta tierra, atrapado como su destino entre el barro y el cielo, a horcajadas del horizonte. Estoy salpicado de sangre, banderas, bosta y consignas. *¡Qué traidor tiene una luz encendida!*, gritó entonces Rosas a mis espaldas. Clavado a la tierra como clavé la pluma contra el papel hasta quebrarla cuando escuché a Rosas. *¿Otro espía del loco Urquiza enviando señales?* Clavado entonces con un susto de muerte. Sin secar la tinta, plegué y escondí las cuartillas en el bolsillo superior de la chaqueta. Los canelones de las charreteras del Gobernador se asomaron por encima de mi hombro. *Pero si es nuestro cirujano Cuenca, que los salvajones del otro ejército mucho doctor de levita, pero no se preocupan por levantar un mísero hospital para sus soldados. ¿El señor cirujano acaso no sabe que hay orden de mantenerse a oscuras?* Mi ayudante Mejía, arrancado del sueño por el grito, se incorporó en el sillón donde lo había vencido el cansancio. Su expresión de ojos desmesurados, fijos en la luz tenue de la lámpara de alabastro, debía ser el reflejo de mi propio rostro. *¿Una nueva pócima para matar enfermos quizás estaba escribiendo? A qué tanta prisa, ya mañana tendrá suficientes heridos a quienes ayudar a agonizar con sus artes.*

Rosas, acompañado por Terrero y Bustos, riendo con risas amplificadas en el silencio nocturno, dieron la vuelta a la pe-

queña mesa imperio donde había apoyado la escribanía para garrapatear los versos que pujaban por ser paridos. Me ocultaron con sus cuerpos la cara amiga de Mejía. El Restaurador me observó con el uniforme con que me había observado desde los altares vestidos a la federala, desde la vajilla, los misales y abanicos, pero más cargado de hombros, con una mirada de sonambulismo febril que tornaba sus reacciones aún más impredecibles. Era sólo un hombre, por oficio médico lo había visto desnudo y entrado en carnes, pero con el uniforme de alamares y banda también era el poder y el miedo. *¿O quizás el doctor Cuenca escribía unas décimas de pasión a la niña María Atkins? Parece sorprendido, pero ya sabemos de su pronto casamiento. Tenemos las listas. Lo sabemos todo, hasta sus secretitos de enamorado entre los tunales de la Calle Larga de Barrracas, en la quinta donde su prometida se refugia para que no le peguen con brea el moño colorado que se resiste a usar. Y usted mismo doctor, poca pasión federal, que nunca se le ha visto chaqueta punzó ni un bigote postizo cada tanto. El pueblo murmura que se quita la divisa del ojal cuando entra a esa cueva anarquista de la Universidad. Merecerían divisa de latón como los presos. En lugar de peregrinar a los lugares santos a todos esos herejes anticlericales habría que mandarlos a peregrinar a la prisión de Santos Lugares.*

Los tres hombres sonreían en sus uniformes entorchados, podía ser una sonrisa comprensiva, amistosa, podía ser la señal para que violín violón una daga desde atrás me cortara el cuello al son de la Refalosa. *¿Acaso el doctor Cuenca engañado por tanto lujo en campaña olvidó que estamos en guerra? ¡Deme esos papeles que escondió!* El Gobernador extendió la mano iz-

quierda, que la derecha incompleta la mostraba poco. En el estudio del caserón de Caseros, donde me refugiaba a la noche, la biblioteca generosa de libros, el damasco de los sillones, los muebles taraceados de nácar, el espejo veneciano, como el loto mítico, ayudaban a olvidar que estábamos en el cuartel general de un bando en guerra inminente La mano continuaba extendida. Acostumbrado a la obediencia Rosas no repetía sus órdenes. Los tres habían dejado de sonreír, mala señal. *Espero que sea pudor de enamorado y no una salvajada unitaria. Usted siempre ha sido de pocas palabras pero sólo a mis bufones como a su paternidad Biguá le tolero algún silencio insolente. ¡Terrero, sirva para algo más que para calentar a Manuelita!, ¡traigamé los papeles que Cuenca ha guardado en la chaqueta!*

Clavado a esta tierra, a tantos silencios, a tantas palabras reprimidas. Terrero apenas adelantó un paso hacia mí, cuando el correr amortiguado de unas botas de potro que se aproximaban nos distrajo. Un soldado pasó a mi lado y murmuró algo al oído del Gobernador *¡Carajo con Pacheco!, ahora deberemos cambiar de Comandante. ¿Qué quieren de mí?, ¿no di ya mi salud y mi fortuna? Que por qué no salirle al cruce a los otros en Entrerríos, que traiga las fuerzas de la ciudad y la deje a merced de los barcos del Imperio, que me atrinchere en Buenos Aires y la llene de muertos , que levante mis indios del sur y después que los contenga Dios Padre. Si al final de tantos servicios me combaten los mismos ejércitos que formé para frenar a los macacos del Brasil, ahora aliado con ellos, junto a los orientales amigos del Rey Guarda Chanchos de París. Héroe de Vences, the insane, traitor, ruthless unitarian Urquiza como bien publicó el British. Pacheco que se escapa, Mansilla que se enferma, Hornos que me abandona*

el puente y los deja pasar. Al final los únicos soldados de confiar son los unitarios conversos como Chilavert y el otro. Pero Rosas está acá y los paisanos deben saberlo. ¡Vamos a recorrer la tropa! ¡Usted Cuenca y su ayudante vengan también!, tenemos el asuntito este de los papeles que terminar. Aferré mi maleta de cuero, con tientos cruzados como un baúl. *¿Para qué lleva eso?, si no tendremos heridos hasta la mañana. Pues bien, cárguelo si quiere.*

Salimos a la noche caldeada y clara. Tomamos rumbo hacia los campamentos, a la izquierda del caserón. Rosas y su escolta iban por delante, con Mejía nos retrasamos unos pasos. Durante el día había estado preparando vendas e hilas para el hospital de sangre, armando el reparo para heridos en el campo con un semicírculo de carretas. Observaba de cerca a los soldados de esta guerra por primera vez cuando aún estaban sanos pero prontos a morir. Las levas sucesivas habían agotado la provisión de hombres hechos. Niños, apenas más altos que sus propios fusiles, junto a comandantes veteranos con heridas de la revolución patriótica, y mazorqueros vueltos a milicia regular. Los adolescentes, el birrete sobre los ojos, quizás soñaban que la realidad era un mal sueño o con los ojos abiertos, sentados en tierra, abrazados a sus piernas vestidas en pantalón federalísimo miraban hacia adelante, la cañada del Morón, adivinando el respirar de los veinticinco mil soldados de tres naciones que esperaban enfrentarlos. Los sabían curtidos en varias guerras, armados con unos que decían milagrosos fusiles que no necesitan chispa, despenadores de los vencidos porque eso era lo que hacían los salvajes unitarios, desde La Gaceta al Loco Machuca Batatas lo habían contado tantas veces, todos

lo sabían. Mejía también miraba al frente, a la noche cargada de enemigos.

En la profesión aprendí a prever el dolor de los otros, que es aprender a intuir el miedo. *No tenga miedo Mejía, nosotros no somos combatientes, somos sus doctores.* Repetí la frase con la que me despedí de madre, la frase con que prolongué el beso a María. *Si es tan seguro, ¿por qué no ha traído a sus estudiantes?, aquí al menos no habrá que mendigar cadáveres para disección,* intentó ironizar en un susurro Mejía. Era cierto, No les había permitido venir ni a mis hermanos, los doctores Cuenca, aunque Salustiano me lo pidió especialmente. *En esta batalla los jóvenes pueden llegar a aprender menos de anatomía que de odio. Las glorias que le auguré a Rawson cuando se graduó espero no se escriban con sangre de hombres y mujeres sanos. Pero en lo personal no se preocupe Mejía. El Brigadier ya me envió otra vez a un frente, en la Vuelta de Obligado. Los cirujanos de las tres banderas terminamos asistiendo juntos a los heridos de las tres banderas.*

Rosas se detuvo, interrumpió la conversación con su escolta y giró. *Ésos eran franceses e ingleses, que no me entere que ha curado a un macaco imperial o a un lomo negro porque se las va a tener que ver con el patrón en serio doctorcito.* Todo lo escuchaba, todo lo sabía, todo lo presentía, menos las cuartillas que guardo en el pecho, menos el contenido de la valija de cuero pesada con el peso de los recuerdos, clavado a esta tierra, a horcajadas del horizonte, clavado como cada vez que intenté alcanzar el cielo.

Cuando lo de Obligado la orden del Gobernador me había levantado a medianoche, apenas tuve tiempo de despachar un

moreno con un mensaje para la cátedra, tranquilizar a madre y partir hacia el hospital que habían levantado en la orilla santafecina, cerca de San Pedro. Mi viaje tranquilizaría las sospechas de los esbirros de la Sociedad Restauradora, y después de todo ésta vez el Gobernador tenía razón, los extranjeros no debían andar decidiendo sobre asuntos nuestros y Buenos Aires merecía su lugar. Cuando llegué al frente los franceses ya habían cortado las cadenas del paso de Toneleros y los ingleses estaban desembarcado, pero desde sus posiciones resguardadas los federales hostigaban a las escoltas europeas. En terreno neutral, a cielo abierto, con los paisanos del lugar acarreando palanganas y enjuagando esponjas, hacíamos las curaciones de primera intención, tomar el pulso, cortar vendas, buscar metralla a ciegas porque las heridas inundadas nos ocultaban los vasos a ligar. Ya no quedaban hilas para taponar, ni solución fenicada, ni cerato. La tierra estaba sembrada de gemidos, de maldiciones, ruegos trilingües y universales, tierra sembrada de vísceras al cielo y miembros amputados. Un cura podía hacer en ese momento más por sus almas que nosotros por sus cuerpos. Entonces la Francia ofreció un bergantín para bajar los heridos de ambos bandos a Buenos Aires y así navegamos entre las baterías que se tomaron un respiro respetuoso. Nosotros no éramos combatientes, éramos sus doctores, y los doctores extranjeros me contaron sobre los logros quirúrgicos de los discípulos de Dupuytrén, aunque más preguntaba yo por las novedades de los de Pinel y las publicaciones de Hugo que por anatomías. Hicimos amistad e intercambiamos tarjetas. Me ofrecieron gestionar los trámites que me permitieran visitarlos. Finalmente había llegado mi posibilidad de Europa.

Desembarqué en Buenos Aires, supervisé el desparramo de heridos por los pasillos del Hospital General de Hombres, administrando a este láudano, al otro Jacoud, acomodando tubos de drenaje, indicando fenol para todo lo que oliese a gangrena, y corrí las dos cuadras por Comercio hasta casa para contar la novedad. Mis maestros, compañeros con apellidos ilustres lo habían hecho, pero ahora un Cuenca podría entrar al Hôtel-Dieu y quién sabe, la Francia, atreverme a mostrar mis poemas, lo secreto, a mostrarme. Los diálogos en el bergantín, el viaje posible. Aunque dudase de todo lo demás, aunque fallase hasta la ciencia, el arte aún me daba certezas y contenía la pasión. Tan apurado estaba por llegar a casa que no noté el silencio que agobiaba la ciudad.

Llamé a la puerta de casa, no contestaban. Impaciente intenté empujar el portón de carruajes. Al descubrir que me espiaban por los visillos de una de las ventanas enrejadas a la calle grité mi nombre, dispuesto a dar una buena tunda al sirviente demasiado tardo o demasiado temeroso, pero fue mi hermano Salustiano quien abrió y me tironeó hacia adentro. Con la guerra contra las potencias europeas la mazorca había redoblado sus actividades en las calles, a cualquier hora del día, por una levita o unos calcetines azules. Se decía que la cabeza de tal estaba en una pica, se decía que apareció tal otra en la recova, se decía, se decía, y cualquier golpe inesperado contra una puerta era mal presagio. Algo más intentó explicarme Salustiano, pero yo tenía prisa. *Mañana veremos qué hay de cierto en los rumores, que la paz con Francia no debe estar lejos*, lo interrumpí dejándolo en el patio y ensoñado de confraternidad médica. Entré a mi cuarto, henchido de rimas que ya se desbordaban. Encendí el candil y

al sentarme al escritorio, con el yesquero aún en la mano, vi los estantes vacíos. Abrí las gavetas, también vacías. La mano de madre, que había entrado al cuarto en silencio, se posó sobre mi hombro. *Se meten en todas las casas a la atropellada, dicen que matando por no tener en el empapelado suficiente carmesí o conservar una virola celeste en la vajilla, han disparado contra el frente de los vecinos, tuve miedo, tanto miedo, esos papeles que tú siempre escribes y nadie sabe de qué se tratan, tuve miedo por tu vida y por el resto de la familia, dicen, y si entraban y encontraban... no sé de qué trataban y prefiero no saberlo... estaban buscando en todas las casas, despaché a los sirvientes que todo lo cuentan y yo misma quemé tus papeles en el patio, controlando que no escapara una sola cuartilla en el aire caliente. En lo que hemos caído.* Madre lloraba. *No hemos caído, se cae en el terror, pero en el miedo nos deslizamos*, le dije a madre cerrando la puerta para quedarme solo.

Los estantes como ojos vacíos, dos plumas erizadas e inútiles en sus tinteros, las patas en garras de mi escritorio, una quimera siniestra que se tragó la agonía, la frivolidad, la epifanía de tantos versos, los parlamentos rimados de los dramas. Quemado, todo quemado, quemado el fuego de Claudio Cuenca como otro muerto, mientras el silencioso doctor Cuenca continuaría caminando por el mundo, circunspecto y oficioso en lo suyo, muerto, de la calle de la Universidad al Hospital General de Hombres. Nunca más escribiría sobre ése mueble quimera, nunca más me separaría de mis pobres páginas que desde entonces me acompañan a donde voy en la maleta de cuero con tientos cruzados como un baúl, donde sea que escriba, las más de las veces sobre mis propias rodillas, cuando surgen los versos incontenibles y la rima se va construyendo.

Escondidos en la maleta, en silencio, que no se entere nadie, ni María, no deba estrenarse el drama en la esquina de La Merced con los vivas y mueras sucesivos de rigor, no deba escribir los poemas laudatorios al Brigadier que ni López pudo sustraerse. En silencio, no vayan a descubrir fuego en el interior del circunspecto Doctor Cuenca que ya carga con el cadáver de su propio pasado de poemas incinerado. Cuartillas escondidas en la valija que aún hoy me acompaña y de la que el Gobernador no pudo imaginar ni sus esbirros contarle. Esa noche supe que el Hôtel-Dieu se había convertido en otro sueño negado por la época, emigrar era para la gente con recursos o influencias, yo tenía enfermos que atender, enfermos que no conocían de lemas, de políticas, estaba clavado como hoy lo estoy a esta tierra.

¡Mosquitos unitarios!, gritó Rosas agitando la mano frente a su cara y torció el rumbo, alejándose del arroyo, encaminándose hacia el Palomar, a unos vivaques algo alejados del resto. Lo seguimos, Mejía en silencio solitario y yo acompañado por mis recuerdos. Sólo se escuchaba la voz del Restaurador hablando de sus múltiples sacrificios, *día y noche, a pesar de cuántas veces presenté la renuncia, pero a quién dejar sino, y mi salud, este mal de piedra, ¿no es cierto Doctor?* Se dio vuelta, la luna destelló desde sus ojos claros, algo encapotados. El verme fue como recordar mi existencia. *Doctor... doctor... esos papeles, pero usted no esconde nada, ¿cierto?, es todo un buen federal. ¿Trae en ese maletín el escalpelo de mondar huesos?* Hombres de catadura patibularia, en chiripá rojo y calzoncillos blancos, se repartían sin orden sobre el pasto, cada uno junto a su caballo y su lanza. *Si es tan buen federal como dice quiero verlo usar sus instrumentos.*

Es necesario para la Santa Federación que me mate a ese hombre. Con el mentón me señaló un soldado que estaba sentado, la espalda contra el lomo del caballo en tierra, sable corvo, un chifle de asta caído desde la mano desmayada. El aludido echó el gorro punzó hacia atrás y me miró sin expresión, a no ser la natural fiereza que le daba una cicatriz que desde la oreja cercenada le interrumpía el bigote federal. El caballo llevaba una baticola roja deshilachada.

Clavado a la tierra, no contesté, como clavado en la montura a pesar de la orden del Restaurador, no hice nada. Esos hombres habían sitiado por casi una década a Montevideo sufriendo privaciones peores que los sitiados, para después ser cambiados de bando por un General que no presentó batalla, para después lancear a su flamante jefe unitario en Espinillo y después unirse nuevamente a Rosas. Eran sus soldados más leales, si perdía el Brigadier no habría piedad para ellos. No hice nada. *Ya que el Doctor no se anima, tiremos nuevamente la taba, a ver paisano, máteme al Doctor Cuenca.* El hombre, sin cambiar de expresión, se comenzó a levantar con pereza, mostrando cargar más ginebra que mate. Clavado a esta tierra. Me rodeó el silencio. Estalló la risa temible de Rosas y le siguieron las risas de sus laderos. *Vuelva a descansar soldado, las muertes sólo sirven cuando son útiles y nosotros necesitamos un cirujano... por ahora... Y usted aprenda Terrero, que no siempre voy a estar acá para enseñarle, a cada hombre hay que ajustarle la cincha precisa para que acepte el freno. Cuenca tiembla de pensar en degollar a un hombre sano, mientras éstos se regodearían destripando en caliente un cristiano, sin embargo se acoquinarían de sólo ver al Doctor hacer sus herejías a los cadáveres o a los que están en vías*

de serlo. No me sentí aliviado, matar o ser asesinado, era como haber muerto otra vez.

Aunque debo reconocer, aun clavado a tierra, que dos veces ese espanto supersticioso del que habló Rosas, espanto de las gentes del común por las artes médicas y la disección de cadáveres, me salvó de Salomón y sus secuaces. Una en el Hospital General de Hombres, mientras sacaba el plomo que interesó la pelvis de un desgraciado cuando subía a una ballenera para emigrar. Los hombres del poncho y chiripá rojo, avisados que lo habían traído al hospital vinieron a buscarlo, pero no se animaron a confirmar si el muerto estaba muerto cuando le dije que muerto estaba entre tanta redoma, pinza, separador metálico y brotar de sangre. En el libro de diario lo di por muerto y las Carmelitas se ocuparon de sacar el ataúd con un tronco y al convaleciente dentro de una pipa de aguatero. Entonces creí, volví a creer, que curando en el hospital y en los refugios, mintiendo registros y atendiendo a soldados y paisanos estaba más allá de las luchas. Pero cada vez que me levanté, me volvieron a clavar a la tierra, atrapado entre el barro y el cielo.

Y como toda primera tiene segunda, a los pocos días de salvar al emigrado apareció el mismo Salomón con su sombrero de copa y cintillo, ofreciéndome para la mañana siguiente un cadáver con su sonrisa de amenaza, que yo intuía era su única sonrisa. Aunque los cadáveres, enteros o trozados, eran abundantes por esa época en las calles, me los negaban para la disección por la contra de los frailes. Sólo nos prestaban cuerpos no reclamados, tras mucho regatear y con permiso precario, para ser devueltos rearmados y completos, al menos en apariencia. Cuando al día siguiente entré a la sala del Hos-

pital de la Residencia estaba la gente de Cuitiño observando, guardando la puerta. Ni los Bethlemitas, ni mis ayudantes, ni los alumnos avanzados habían preparado el cadáver, el cuerpo permanecía intacto sobre la mesa de mármol y a un lado separada la cabeza. Era uno de mis amigos de la Sociedad de los Murciélagos, tertulias inocentes en la buhardilla del perrero de la Catedral donde discutíamos de arte al calor de un braserito de bronce. *Como nadie sabe quién es el salvajón pueden usar de él un rato*, me dijo Salomón. Sin un gesto que me denunciara, como muerto y otra vez muerto, tomé el serrucho y anuncié en voz alta que iba a mostrar el cerebro, pero por las dudas que aún quede adentro algo de alma, si alguien tiene alguna cuestión pendiente con el difunto es mejor que se retire, dije con tono de certeza científica. Fue suficiente, al levantar la vista del cuerpo amigo los hombres de Cuitiño ya no estaban. Dimos por terminada la clase. Nos habían quedado de la disección de Braulio Siete Cabezas varios órganos en frascos, que dejamos a la vista de los que vinieron a retirar el cuerpo, para mostrar que habíamos cumplido la prueba impuesta por la mazorca. Y al sólo recuerdo de lo vivido, recuerdo mis tantas muertes, mis poemas quemados, y las agonías escritas que escondo en la valija de tientos, recuerdo poemas.

Esta cara impasible, yerta, umbría, hasta; ¡Ay de mí! para la que amo helada, sin fuego, sin pasión, sin luz, sin nada, no creas que es ¡ah no! la cara mía. Porque esta, amigo, indiferente y fría, que traigo casi siempre, es estudiada... es cara artificial, enmascarada, y, aquí para los dos, -la hipocresía! Y teniendo que ser todo apariencia, disimulo, mentira, fingimiento, y un astuto artificio en mi existencia, tengo que mentir, amigo, -y miento!

Según el capricho momentáneo del Gobernador volvimos a torcer el rumbo, regresábamos al caserón a oscuras, pero visible a la luz de la luna. El cuartel con su mirador tenía algo de fortaleza fantasmal. Rosas, ya olvidado de nosotros, discutía con Terrero. Me alegré, siempre sentía mi valija más segura bajo techo. *¿Y usted por qué se ha quedado Cuenca?,* me preguntó Mejía en una voz apenas audible. Una pregunta con tantas y ninguna respuesta. La toga y bonete Salamantino al graduarme en la Universidad, el primero de cuatro doctores en una familia que no llegaba a tener ni para campos ni para comercio, ni siquiera para pleitos de abogado. *¿Y usted por qué se ha quedado Cuenca?* La esperanza inicial por el fin de la anarquía. Y los emigrados eran los unitarios, pero después fueron los liberales, y después los constitucionalistas, ellos tenían banderas. Y lo cotidiano, esa enfermedad progresiva e insensible, confundiendo pasividad con destino, resignándome a la vida como trampa. En el miedo nos deslizamos le dije a madre cuando me quemó los poemas, cuando el Ejecutor Público Anchorena quemó en la Plaza de la Victoria libros y cuadros por sospecha de indecencia o sacrilegio y hubo que esconder los atlas médicos, cuando nos prohibieron las clases en el Hospital de Mujeres y Álvarez dio obstetricia en su casa con las láminas salvadas, cuando nos obligaron a los profesores a hacer profesión de fe pública por la causa y la hicimos, cuando los estudiantes tuvieron que costear a sus docentes y los vecinos a sus hospitales, cuando escondía mis poemas. *¿Y usted por qué se ha quedado Cuenca?* Porque lo peor del terror ya pasó, porque después de todo, todo fue por la agresión gringa, porque finalmente, cuando creía que ya no iba a enamorarme apareció

María. Porque la gente, los que no podían, los que no querían emigrar, permanecía con su dolor mientras los otros médicos se exilaban. Y así, un día heredé la cátedra después de múltiples exilios, un Cuenca titular de cátedra. Y así un día mi propio maestro Ventura Bosch se fue a Europa, y le dejó a Rosas para que seleccione su nuevo médico personal, la terna con mi nombre, el de Montes de Oca poco antes vuelto del exilio, sus bienes aún confiscados por salvaje unitario, y el de un médico francés. No había duda a quien preferiría el Restaurador, por su propia seguridad, y no era una elección a la que me pudiese negar. Y así un día terminé probando mis propias recetas antes que las tragara Rosas, Manuelita, la Castro u otro de los cortesanos permanentes de Palermo. Y así un día resulté cirujano del ejército, porque también estaban los soldados y las guerras. Y también porque dónde es el mejor lugar para estudiar las simpatías, los secretos del cerebro y a los alienados que en una ciudad que había incorporado la alienación a su vivir cotidiano sin saberlo *¿Y usted por qué se ha quedado Cuenca?,* preguntó Mejía. Estoy clavado a esta tierra, le contesté en un susurro.

¿Escucharon lo que dijo el universitario? Rosas interrumpió su conversación y giró otra vez, bruscamente, enfrentándome. Terrero y Bustos, atentos a las palabras sagradas del Brigadier no habían escuchado nada. Habíamos entrado en el patio interior de la casa y formamos un círculo de cinco hombres, donde cuatro intentaban adivinar para dónde saldría disparado el genio del restante. *¡Clavado a esta tierra!, ¿qué saben de esta tierra los cacúmenes afrancesados de la Universidad? La tierra del Café de Malcos es la única que conocen. Hablan de ciencia, pero cuchichean augurios como brujas porque apareció un niño cordero*

viniendo del Entrerríos. ¡Clavados!, boleados como el suri de Paz de rápido que se me quieren escapar. Sólo han visto indios en mi tropa, piensan que al gaucho y al negro lo pueden disciplinar con latines, decretos y constituciones, remplazarle el candombe por contradanza y minué. Hablan de un país que no conocen, así le fue Rivadavia quitando el requisito de limpieza de sangres para entrar a la Universidad y se lanzó contra los curas. Yo sé lo que son estas tierras, la pampa y el desierto, y no lo aprendí haciendo capilla en San Ignacio para graduarme en la Universidad, que somos buenos católicos pero ni al Papa lo dejamos decidir cuando de saber lo que es mejor para estas tierras se trata, que a los jesuitas los volvimos y los echamos cuando hizo falta. Hablan de libertad y no saben que nunca tuvimos negros más agradecidos que cuando los compramos como esclavos, aunque después los ingleses nos hicieron nuevamente cambiar el comercio. Hablan de esta tierra y no saben nada de ovejas, saladeros o caldear el sebo, pero los señoritos quieren vivir de la aduana. Hablan de cómo ordenar la Confederación y no serían capaces de disciplinar una estancia. ¡Clavado a esta tierra!, para después andar escondiéndose cuartillas en el chaleco, gran acto de valentía. Como esos verseadores valientes del Salón Literario que después se escaparon para escribir mentiras desde afuera, aliarse al extranjero y al imperio macaco contra la Confederación, regalando Paraguay y vaya a saber que otras tierras. Si parece que las torpezas de mis enemigos en ocasiones me han ayudado más que mis aciertos. ¡Váyase nomás de nuevo al estudio Cuenca!, recuerde que sin mí un Cuenca nunca hubiese llegado a Cirujano Mayor del Ejército, pero vaya nomás y prenda las lámparas que quiera, y escriba las salvajadas que quiera, que si

la providencia me ayuda una vez más, como me ha ayudado hasta ahora, ya volveremos a hablar del asunto.

El Salón Literario recordó entonces Rosas, y yo recordé entonces a Echeverría, acaba de volver de París, sus poemas eran lo que habíamos estado buscando. La Joven Generación Argentina, más allá de la lucha de unitarios y federales hablaba con la voz de Mazzini, de Saint-Simon, *la poesía como militancia*, decía Echeverría. Hasta con presencia de López y Angelis, si parecía al principio que también la Federación bendecía lo nuevo. Discursos, decálogos, poemas que encendieron en un silencioso estudiante de medicina, oculto en el fondo de la librería de Sastre, un fuego que como en el mito, sólo se apacigua al alimentarlo. Un fuego de poemas signado por el fuego verdadero, una vez consumidos en una hoguera por el miedo, y otra vez escondido en la maleta de tientos cruzados, rodeados por un fuego fratricida de venganza.

Cuando el Brigadier nos dejó en el caserón de Caseros luego de esa ronda nocturna, ya despuntaba la mañana y la batalla. La artillería comenzó temprano. Las dos fuerzas formaban un frente hacia la izquierda que se perdía en el horizonte, pero al tronar de las descargas el frente se deshizo rápidamente en polvareda y gritos. Con Mejía volvimos al estudio esperando que pase lo peor del encontronazo antes de actuar. Estábamos todavía allí cuando escuchamos que los disparos en torno al caserón menguaban hasta el silencio total. Sólo las baterías continuaban retumbando a lo lejos. El mando había izado una bandera blanca en el mirador rindiendo el Cuartel General. Nadie sabía dónde estaba el Gobernador.

Es nuestro turno le dije a Mejía, recogí la maleta de cuero con tientos cruzados y corrimos por el pasillo. Al llegar al patio tropecé con un hombre, reconocí la cicatriz que cercenaba la oreja hasta cortar el bigote federal, reconocí su falta de expresión y su aliento a ginebra. Una masa de ponchos rojos, de a pie, se agazapaba en la galería baja. No me detuve. Por el campo avanzaba un pelotón del Ejército Grande a parlamentar los términos de la rendición rosista. *Son los voltigeros orientales*, me alcanzó a decir Mejía. Si había tiempo para diplomacias no lo había para el auxilio médico. Voluntarios y camaradas ya estaban cargando heridos hacia el Hospital de Sangre, podía escuchar los gemidos. La guerra estaba concluida, ahora quizás hasta podría ir finalmente a Europa, finalmente con María, trayendo a la vuelta el prestigio de médico, y el coraje de hombre para enseñar mis poemas.

Pero el presente me reclamaba, el hospital de campaña y la sangre y los paños y los gritos. Pongo a un costado la maleta y me agacho sobre el primer herido. Se escucha un disparo cerrado de tercerolas desde el patio delantero de la casa. Me doy vuelta, veo caer la vanguardia del pelotón parlamentario en las mismas puertas de la plaza rendida. Sorprendido por el ataque a quemarropa el batallón recula. Los que iban a morir si se rendían habían disparado a quienes venían a negociar por la rendición. El General oriental se recupera, grita a degüello y carga en avalancha hacia nuestro semicírculo de carretas. En Obligado a los doctores nos respetaron, las leyes de guerra, son caballeros, aquí sólo hay heridos y doctores. Me levanto, con las hilas y vendas ensangrentadas en las manos me acerco al Capitán a pedir protección, a decir que esto es un hospital, sólo hay heridos y doctores.

Y fue un planazo y fue una lanza, y ahora estoy literalmente clavado a esta tierra.

Clavado a esta tierra, a horcajadas del horizonte. Un ojo en Europa y otro clavado en las entrañas de la Patria decía Echeverría. Y hoy

tengo un ojo en las entrañas clavado a la patria. Estoy salpicado de sangre, banderas, bosta y consignas. Sobre mi cuerpo un sol que ya no siento. Los caballos giran en aquelarre hasta que el aquelarre también se calma. No sé si es silencio o son los sonidos que ya también se me comienzan a esfumar. Mejía me trae la maleta de cuero con tientos cruzados como un baúl, la maleta de versos, y la deja junto a mi cuerpo. Mejía se agacha, tienta reconociendo la herida de mi pecho finalmente rojo punzó. No puedo hablar, como muerto. Mejía se levanta, pero como recordando algo se vuelve a agachar con prisa y busca en el bolsillo de mi chaqueta el poema salpicado con sangre, un poema incompleto. Puedo aun recordar, como si leyese lo que él está leyendo.

Y esto ni más ni menos es lo que ahora, te está, perverso Rosas, sucediendo: estás en tu expiación y ya la hora, de purgar tu maldad está corriendo. Fuiste cruel y altivo, pues bien, llora, como estuviste alguna vez riendo, cuando tu propio prójimo lloraba, y contra su hado y Lucifer votaba.

Se acerca un General a caballo. *¿Qué escondía ese pecho de mazorquero?*, alcanzo a leer en sus labios que le pregunta a Mejía porque ya casi ni escucho, y por eso tampoco escucho la respuesta. Ya se esfuman también las imágenes, se esfuma el General, Mejía, mi maleta y el implacable sol de Caseros.

Estoy clavado a esta tierra, atrapado como su destino entre el barro y el cielo, a horcajadas del horizonte. Y por querer ser, ya soy y no soy, como siempre he sido.

MATILDE WENTZEL

LA TANITA

Con el corazón estrujado y una gastada foto color sepia apretada contra el pecho, María desde la cubierta del España, mira la algarabía ahí abajo, mientras amarran en el puerto de Buenos Aires, después de tantos días en altamar. Gritos, risas, llanto, abrazos, besos, palabras extrañas, palabras conocidas, idiomas mezclados. Tantos días en ciudades ajenas, atravesado al fin este mar distinto, sin color de mar, sin crestas blancas. María busca la cara amada. La cara que la enamoró. Acaricia con la mirada la foto de su amor. Dos cartas y en la segunda un pasaje y un poder. Nos casamos por poder. Cásate figlia, e meglio per voi e per tutti. Ya estás en edad. La guerra se aproxima. Los nazis van a invadirnos. Son crueles los nazis, los comunistas, los americanos. Los soldados enemigos siembran hijos en los vientres inocentes.

Anda María a la América. Giovanni e un uomo buono e carino.

María, obediente. María con miedo. María la mayor de diez hermanos. María, la chica más linda del pueblo. La más codiciada. María, llena eres de gracia. María se casó por poder y se vino, en busca de una posición, de un buen marido, hijos; basta de pobreza, de harapos heredados, basta de hambre; ahí en la gran ciudad, todo será mejor. Giovanni la espera con un ramo de flores, llena su cabeza de felices pensamientos. María palpita ilusiones y sonríe, aún sonríe. Creo que fue la última

vez que sonrió. Sus ojos asustados buscaron. Ya pasaron revista cien veces a la muchedumbre que se fue achicando. Todos se encuentran. Todos se encontraron. Ya quedan pocos en el barco. Ya quedaron pocos en la orilla. María busca. Todos se fueron. Pero, se sobresalta al ver un diente de oro que brilla: sólo queda un hombre que ríe y sacude en alto, un ramo de margaritas. María mira una vez más la foto: no es la cara que busca. María siente que se vacía de a poco. Su amado, su marido desconocido, un viejo, petiso y gordo; una cara rosada detrás de una ancha nariz colorada; desde unos lentes de marco dorado un par de pequeños ojos la miran, la recorren, y una enorme boca carnosa la llama por su nombre: es él. Ya no hay vuelta atrás. Devono rispettare María, e un uomo buono, había dicho su madre antes de partir y subió al barco con ese último beso húmedo y un abrazo hecho trizas y el corazón que saltaba de miedo y esa recomendación, que fue casi un ruego: devono rispettare. ¿A dónde ir ahora María? ¿Qué hacer mamma? Qué lejos del pueblo y el cálido hogar, en una ciudad desconocida e inaccesible sin siquiera media lira en el bolsillo. Un dolor muy adentro se agranda. No conoce a nadie. No sabe el idioma. Diecisiete años y Giovanni cincuenta. Se humedecen las manos y los ojos. Se clava la bronca en el pecho y ahí se queda para siempre. Le tiemblan las piernas, el cabello oscuro, el tapadito gris, la pequeña valija de cartón, y la cintura se estremece indignada cuando él la rodea con su brazo. Se le hiela la espina dorsal. Este no es Giovanni, piensa, este no es el Giovanni que me enamoró, no es el de la foto, se dice, pero no tiene que decirse nada, sólo bajar del barco, y callada y sumisa, mira sus zapatos gastados y a marchar juntos, con el

peso en el estómago y el dolor en el alma. Pisan los duros, y desparejos adoquines del puerto y la arena chilla bajo la suela. Las palomas asustadas salen volando. Toda la vida a marchar juntos, "hasta que la muerte nos separe" y en su mano un ramo de margaritas que se marchitan como su ilusión. Es un buen partido, María. El señor es contigo. Es un buen partido. Ha un negozio, María, ha un negozio, le dice su mamma despacio al oído. Dios te salve, María.

Giovanni, la había engañado, María se fue acostumbrando en silencio.

Habían pasado ya algunas semanas cuando recién se dio cuenta de que la foto que le había mandado era una postal de Carlos Gardel.

CRISTIAN ACEVEDO

UN PARTIDO DECISIVO

Flavia no sabe de esas cosas. No sabe que esa misma tarde se jugará –en la otra punta de la ciudad–, un partido decisivo. No sabe de partidos decisivos, y está bien que así sea. ¿O acaso saberlo cambiará en algo su final?

En el noticiero nada dicen de lo que a ella realmente le preocupa, por eso es que no lo sabe. Si nunca tratan los asuntos importantes: la planificación de los quince, o el bardo de las funciones trigonométricas. O cómo reaccionar si han pasado dos días, y a una, todavía no le vino.

Flavia se sumerge en la tibieza de la bañadera. La acompañan las baladas del Ipod, a todo volumen en su habitación. Afuera, un tren pasa dejando un eco lejano de bombos y silbatos, mientras ella se empapa el pelo y las orejas. Un tren que no oye porque Flavia tiene la cabeza en otra parte: pronto llegará su padre, y no querrá cruzárselo.

Su padre, tal vez sí sepa del partido decisivo que está por jugarse. Pero es un partido del ascenso, en la otra punta de la ciudad, y no le preocupa. En todo caso, podrá verlo desde la comodidad del sillón.

Volverá de reservar el salón para el próximo abril, sin imaginar que no habrá cumpleaños ni fiesta. Ni en abril ni en mayo habrá fiesta, ni nunca más.

Flavia sale de la bañadera, se seca y desempaña el espejo en busca de algún granito. Nada de nada; la crema funciona según los afiches y las propagandas de la tele. Sonríe.

Se ha llevado la ropa al baño: una musculosa cualquiera que manoteó en el apuro. Se pone sus anillos, se vuelve a calzar el piercing en la nariz y se cuelga en bandolera el suvenir del quince de Yani: una bolsa plástica con tachas, hecha por su mejor amiga. Ha sido Yani, justamente, quien la contactó con esa Cecilia, la doctora. La bolsa, un cuadrado bordó, le combina a Flavia con la musculosa roja y las botas marrones.

Tiene turno a las cuatro. Son apenas las dos, pero ya está histérica, nerviosa.

Faltan dos horas, y dos horas es mucho para las diez cuadras que debe caminar hasta el consultorio. Se alborota el pelo y termina de arreglarse frente al espejo del living. Ignora que pronto se jugará un partido decisivo. Y también ignora que, debajo de la musculosa roja, duerme inconsciente, frágil, el fruto de su retraso menstrual.

Afuera, algún vecino insiste en cortar el pasto, sin interesarle tampoco el partido decisivo que se jugará en breve.

Flavia abre la heladera y se sirve un vaso de yogur bebible. Mata la sed en dos ligeros tragos. Se asegura de llevarse el celu y el llavero: en un momento saldrá a caminar, a hacer tiempo.

La vereda está desierta, y los viejos no aparecen. Es mi día de suerte, piensa. Y, a su paso, el perfume del champú se funde con el del pasto decapitado, y ella se olvida del atraso y de los preparativos de abril.

No sabe que pronto se olvidará de todo, que más tarde se jugará un partido decisivo, y que jamás estuvo tan equivocada en cuanto a su suerte.

El primer patrullero hace chirriar la sirena, y el micro escolar inicia su temblorosa marcha. Es sábado, y no hay clases. Ese micro naranja –custodiado por dos móviles policiales– traslada una barra de hinchas que les dan y les dan a los bombos al ritmo de una arenga tan amenazadora como pegadiza. Las banderas azules que cuelgan de las ventanillas flamean y devoran las chapas anaranjadas. Se asoman decenas de torsos desnudos.

El patrullero que los escolta mantiene la distancia. Cuarenta y tantos son los que gritan, cantan, putean y golpean los asientos y los costados del micro, que se destartala en cada bache. Un partido decisivo se jugará pronto, y el chofer del micro y los policías y los cuarenta y tantos, y los cientos que los ven pasar, intuyen que algo sucederá. Todos lo intuyen, excepto Flavia, que mira vidrieras esperando a que se hagan las cuatro de la tarde.

Son las tres y cuarto, y el policía del primer patrullero –que conoce muy bien el camino y el procedimiento–, se desvía dos cuadras para evitar el semáforo de la avenida. El micro lo sigue, balanceándose por el medio de la calle. El segundo patrullero se adelanta con la intención de esperarlos en el siguiente cruce.

El programa es sencillo: retomar la avenida en la próxima intersección, conducir hasta la autopista y, sin demoras, llegar al estadio dentro del horario pautado.

Hay cosas que no se pueden programar, piensa Flavia, palpándose instintivamente el vientre y reparando en la sensual joven que la observa desde el reflejo de la vidriera de la zapatería. Esa sensual y delicada quinceañera que le devuelve un guiño y desaparece con su musculosa roja de algodón y sus calzas negras.

Suena el celular, no atiende. Es David, lo sabe.

Veinte minutos faltan para las cuatro, y su teléfono vuelve a chillar: otra vez él, quien no tendrá ninguna respuesta hasta que Flavia no se haya entrevistado con Cecilia. Más tarde volverá a llamar, pero ella ya no será capaz de contestarle.

Cecilia fuma, mientras googlea los datos del próximo congreso. Le han cancelado la consulta de las tres, y faltan todavía quince minutos para que llegue la chiquita de las cuatro, quien el día anterior la llamó temerosa y urgente.

Enciende el ventilador de techo de la sala de espera y sale al balcón: tal vez la vista de la calle la distraiga del aburrimiento; no tiene el celular de la chiquita, por eso no la llamó para adelantar el turno. Aplasta la colilla contra la baranda y, asegurándose de que ningún vecino la vea, la lanza al asfalto.

Se encierra unos minutos en el baño, y vuelve a su escritorio oliendo a Colgate y a alcohol en gel. No tiene más que correos no deseados en su casilla. La única que le queda es seguir esperando. Lo que no sabe es que seguirá esperando más de la cuenta, y que se irá maldiciendo a la pendeja irresponsable que no fue capaz de avisarle que finalmente no iría.

El patrullero dobla en la esquina. A los lados del micro escolar, se suceden, dormidas, vidrieras con maniquíes bien vestidos y bien calzados. Los bombos hacen temblar el asfalto y las paredes de vidrio, y provocan una sinfonía de alarmas histéricas que no preocupan ni a los vecinos ni a los dueños de los autos: la siesta es sagrada.

Una botella de cerveza se desparrama en el primer asiento, y el chofer mira por el espejo y putea bajito, pero no se atreve a más. Los cuarenta y tantos gritan ahora, en contra del "Rojo", porque entienden que se juega un partido decisivo, y la batalla comienza en sus gargantas y en sus enormes bombos.

Llegan a la intersección.

En apariencia despreocupada, una pequeña mujer de musculosa roja y calzas negras camina entre la gente por la vereda sin sol. El micro escolar se detiene apenas un segundo, y sigue su andar al ritmo de dos tiros letales que el patrullero opaca con su sirena.

Flavia no sabe de esas cosas. Por eso la sorprende el ardor en el pecho y en la espalda, que rápidamente se extiende de sangre por el algodón de la musculosa.

Se arrodilla sobre las baldosas grises. ¡Ese dolor asfixiante será producto de los nervios, del yogur de frutilla, del atraso de dos días!

Flavia nunca supo que hubiera sido más conveniente elegir otra de las tantas remeras del ropero, ninguna de ellas de color rojo. Porque ese sábado –en la otra punta de la ciudad– se jugaba un partido decisivo.

LOS AUTORES

Miguel Ángel Montezanti. Nacido en Bahía Blanca en 1950. Residente desde muchos años en La Plata. Docente en la Universidad Nacional de La Plata. Varias obras publicadas traducidas del inglés, entre ellas ***Sólo vos sos vos. Sonetos de Shakespeare en traducción rioplatense***. Narrativa: ***Huecuvú Mapu y otros cuentos***, (2003) Primer Premio Editorial Hespérides. Poesía: ***Maleficios de espejo*** (2007), ***Hablar las losas*** (2011), ***El Verbo de tus ojos*** (2013).

Flavia Pantanelli. Cuentista argentina. Tiene 48 años. Es Fonoaudióloga. Comenzó a escribir en la Casa de la Cultura de San Isidro en 2011 con Bea Lunazzi y en el taller de Francisco Cascallares. Se formó con escritores como Ariel Bermani, fue alumna de Casa de Letras, este año trabaja con el poeta Osvaldo Bossi.

Finalista del **Concurso María Elena Walsh** en 2012 para cuentos infantiles del Colegio de Escribanos de la provincia de Buenos Aires. Finalista del **Concurso literario de Lomas de Zamora**, y finalista del **Concurso Federal de Relatos** organizado por el Ministerio de Cultura de la República Argentina.

Sus cuentos han sido publicados en revistas y varias antologías, entre ellos la antología ***La elección de la victima***, (2014) Ediciones Aquitania y la antología digital ***La frontera durante***, de Ediciones Outsider, 2014.

Su libro de cuentos ***Haceme lo que quieras*** acaba de ser publicado por Ediciones Outsider (2015).

Mario Daniel Foffano. Nació en el año 1963 en Adrogué. Actualmente está cursando la carrera de Letras en la Universidad de Buenos Aires. Paralelamente, ha asistido a distintos talleres literarios, entre ellos el de Selva Almada y Pedro Mairal. También participó en cursos sobre cine dictados por críticos de la revista **El Amante**.

Eugenio López Arriazu. Nació en Buenos Aires en 1967. Es Profesor en Inglés (I. S. P 'Joaquín V. González'), Doctor en Letras (UBA), editor y docente terciario y universitario. Traductor del inglés, francés, ruso y latín, ha traducido obras literarias de dichos idiomas para diversas editoriales. Como ensayista, ha publicado ***Pushkin sátiro y realista, la influencia de la sátira en el realismo de Alexander S. Pushkin*** (Dedalus Editores, 2014). Su obra poética, narrativa y dramática, distinguida en concursos nacionales e internacionales, se halla aún inédita

José María Guerrero. Nació en Buenos Aires en diciembre de 1942. Es Licenciado en Publicidad, graduado en la UCES, y Consultor Psicológico (Escuela Argentina de Psicología Social).

Ha obtenido tres primeros premios, uno segundo y varias distinciones especiales y menciones de honor en concursos literarios de cuentos y dramaturgia.

Se han publicado sus trabajos en las editoriales Pluma, Tinta y Papel y Diversidad Literaria (ambas de España), Baobab, Mis Escritos, Nuevo Ser, Dunken, AqL, El Escriba, INADI, Planeta (Cámara

Española de Comercio), Guka, Club Leones de Martínez, SADE Zona Norte y Municipalidad de Vicente López.

En forma individual, ha publicado ***Recuerdos Ficticios*** en el año 2007 y ***Flor de Lis*** en el 2011.

Oscar Daniel Salomón nació en Buenos Aires, en 1956. Es Master en Salud Pública y Doctor en Ciencias Biológicas.

Ha publicado la novela corta ***Desencantar la tierra*** (1995) (Primera Mención Fondo Nacional de las Artes 1994, Mención de Honor El Francotirador Literario 1994), y los libros de relatos ***Aquicito nomás*** (2002) y ***El otro animal*** (2010).

Ha recibido veintiocho premios y menciones en diversos concursos, obteniendo en la categoría cuento el Primer Premio en las convocatorias "Julio Cortázar" (Fund. Cult. San Telmo, 1992), "E. Bocco" (Fund Y. Mishima, 1992) y "Atilo Betti" (At. Pop. E. Echeverría, 1997), Segundo Premio en los Concursos Pablo Rido 2002 (España) y Nitecuento 2003 (España). Por libro de cuentos fue premiado en el concurso El Cid Editor de 1982, ha sido finalista en el "Concurso Juan Rulfo" (RTF1 París-México, 1989), y Premis literaris Constantí 2005, y seleccionado para integrar, entre otras, las antologías Concurso Literario 1984 Derechos Humanos (APDH-EUDEBA, 1986) y "Español Contemporáneo" (University Press of America, 2da Ed., 1990; 3ra Ed. 1999). El autor es

Matilde Wentzel. Docente nacida en Lanus, Provincia de Buenos Aires. Participante de varias antologías de cuentos y autora del libro de relatos ***A veces la vida se convierte en pesadilla*** de ediciones UNLa, 1912.

Cristian Acevedo. Nació en la Argentina en 1979. Es miembro de La Abadía de Carfax, círculo de escritores de horror y fantasía.

Parte de su obra literaria ha sido premiada en diversos certámenes: Ganador del Premio Gonzalo Rojas Pizarro de Cuento (2013), Antología de Narrativa Marañas (2013), Finalista del Premio de Cuento Itau (2012).

También ha publicado sus relatos en distintas revistas culturales, entre otras: La Balandra (otra narrativa), Hamartia, Maten al Mensajero, Revista Cronopio.

En 2014 publicó ***Canibalísmico***, su primer libro de cuentos, bajo el sello Expreso Nova Ediciones.

María Martha Pichel. Nació en Buenos Aires en 1966. En 1979 comienza su formación artística dentro de las artes plásticas, actividad a la que se dedica actualmente de manera profesional. A partir de los '80 comenzó a escribir, ignorando que en un futuro próximo, esto se convertiría en su nueva pasión.

En el 2008 comienza a colaborar como cronista en la revista Proyecto Red, escribiendo notas y ensayos sobre arte contemporáneo.

Beatriz Elena Puertas. Nació en Rosario en 1949. Estudió en la Universidad de Buenos Aires, donde se recibió de Licenciada en Letras en el 2002, Profesora de Lengua y Literatura en el 2003.

En 1961 ganó el concurso de cuentos sobre Sarmiento de la Dirección General de Escuelas. En 1968 un premio de relatos cortos de la CONET. En 1983, el Premio de Poesía del Ministerio de Recreación y Cultura de Holanda. En esa ocasión la editorial Het mirakel le publicó su primer libro de poesías ***La criba verde***. Poco tiempo después, en el mismo país publica poesías en conjunto con el poeta Jorge Menoni y Jorge Bishop… un libro bilingüe de poesías, llamado ***Prometeo***.De vuelta en Argentina, en 1997 publica un

libro de poesías llamado ***Los yankees también juegan a la rayuela***. Ganó el segundo premio de Cuento de la Editorial Baobab, auspiciado por la Secretaría de Cultura de la Provincia de Buenos Aires en el año 2004. Entonces integró la publicación de la 9º Antología de narradores premiados. En el 2005 publicó en el Taller de de la Casa de la Poesía de la Ciudad de Buenos Aires, dirigido por la poeta María del Carmen Colombo.

El desfiladero es la primera novela que publica.

.

CUENTOS DE:

Miguel Ángel Montezanti - Flavia Pantanelli - Mario D. Foffano

Eugenio López Arriazu - José María Guerrero - Beatriz Elena Puertas - María Martha Pichel - Oscar Daniel Salomón - Matilde Wentzel - Cristian Acevedo

FUNDACIÓN VICTORIA OCAMPO SIN FINES DE LUCRO

CONCURSO DE CUENTOS
"NELLY ARRIETA DE BLAQUIER"
FUNDACIÓN VICTORIA OCAMPO 2014

JURADO:

MARÍA ESTHER VÁZQUEZ

JORGE CRUZ

MARCELO GIOFFRÉ

La realización de este Concurso de Cuentos
fue posible gracias a la generosidad
de la señora Nelly Arrieta de Blaquier.

FUNDACIÓN VICTORIA OCAMPO
SIN FINES DE LUCRO
fundacion@victoriaocampo.com / www.victoriaocampo.com

http://www.victoriaocampo.com/biblioteca.aspx